

Víctor Doreste



**Una limonada
para el señor
(comedia)**



*Real Sociedad Económica
de Amigos del País de Gran Canaria*

Una limonada
para el señor
(comedia)

Víctor Doreste Grande

Una limonada
para el señor

(Comedia en tres actos)

Canarias, 2009

Primera edición: abril, 2009

© Herederos de Víctor Doreste Grande

Diseño de cubierta: Lorenzo Doreste Suárez

Edita:

Real Sociedad Económica de Amigos del País
de Gran Canaria

ISBN: 978 – 84 – 611 – 6266 – 6

Depósito legal: G. C. – 357 – 2009

Impresión: Gráficas Atlanta

Urbanización Industrial La Cazuela – Tenoya

C/ San Nicolás de Tolentino, s/n

35018 Las Palmas de Gran Canaria

No es preciso exaltar la personalidad de Víctor Doreste para justificar la edición de esta obra (comedia) por la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Gran Canaria (RSEAP de GC), ya que me consta, cuenta el autor con innumerables admiradores ganados a lo largo de su vida, tanto por su calidad como escritor, músico, pintor, poeta y articulista, como por su siempre afable trato para con los demás.

Sus creencias políticas de izquierdas, en la época que le tocó vivir, pues falleció con 64 años en 1966, le impidieron, quizás, el haber alcanzado un mayor reconocimiento por parte de la sociedad canaria.

Creo, por tanto, que superados o en línea de superarse las discriminaciones por criterios políticos y, considerando como criterio único el interés que pudiera tener la edición de una determinada obra, la RSEAP de GC ha adoptado la mejor decisión al decidir editar esta comedia, que aunque estrenada y representada, nunca fue impresa en formato de libro.

Su publicación y presentación al público se espera coincida con la Feria del Libro en Las Palmas de Gran Canaria (2009), lo que, también, le da un cierto aliciente a esta feliz y acertada coincidencia, posibilitando que un mayor número de lectores tenga la oportunidad de obtener este libro, con la seguridad de que agradecerán la satisfacción que les producirá su lectura.

Las Palmas de Gran Canaria, 13 de abril de 2009

El Director de la RSEAP de Gran Canaria
Fdo.: Francisco Marín Lloris
Marqués de la Frontera

INDICE

Introducción

El autor y su comedia

Por Lorenzo Doreste..... 11

Una limonada para el señor (Comedia en tres actos)

Personajes de la comedia..... 15

Primer Acto

Primer cuadro

Los tres profesores..... 16

Segundo cuadro

Los tres hijos del profesor Ulloa.... 34

Segundo Acto

El interrogatorio a doña Carmen

y la rebelión de miss Eva..... 51

Tercer Acto

Conclusiones y dudas..... 73

Epílogo

Historia de “Una limonada para el señor”

Historia según “La Provincia”.....	94
Historia según “Falange”.....	101
Historia según “La Tarde”.....	107
Historia según “El Día”.....	113
Historia según programas de mano y carteles.	117

Comentarios

Comentario de Antonio Cabrera Perera.....	123
---	-----

Introducción

El autor y su comedia

Por Lorenzo Doreste

A Víctor Doreste no le gustaban los prólogos, porque, según argumentaba, no se deben adelantar los juicios críticos sobre una obra. Los juicios se pueden poner al final, en el epílogo, cuando ya el lector puede contrastar su propia opinión con la del crítico epiloguista. En el Epílogo de este libro el lector encontrará un comentario crítico debido a la pluma de mi colega don Antonio Cabrera Perera. En la presente introducción intentaremos explicar ciertas relaciones entre la comedia y su autor, que no son visibles para quien no conoció a éste.

En 1959 se comercializó la primera fotocopiadora. “Una limonada para el señor” se estrenó el 31 de mayo de 1943. Así que cuando Víctor tomaba su pluma estilográfica y escribía una comedia, ésta pasaba a manos de los copistas para luego distribuir ejemplares entre actores, apuntadores, periodistas, censores oficiales, etc. Si la comedia se representaba en años sucesivos, Víctor iba haciendo correcciones y modificaciones a pluma, y volvían a intervenir los copistas para mecanografiar las nuevas versiones.

Dispongo de dos versiones mecanografiadas de esta comedia. Una me la dio don Luis Suárez Morales, que fue gran amigo de Víctor. La otra estaba en

casa, tan deteriorada que había que mirarla con lupa. Hay algunas curiosas diferencias entre una y otra, y diferencias también respecto a un programa de mano en el cual uno de los personajes es “Figueira da Silva”. En una versión mecanografiada, en la lista de personajes aparece “Da Silva” y en la otra “Un fugitivo”. Pero luego, en el desarrollo de la acción, ambas denominaciones son sustituidas por: “Desconocido”. En una versión mecanografiada aparece “Manuela, la sirvienta”, en otra “Manuel, el sirviente”.

Al hacer la transcripción de una comedia para publicarla, sigo el siguiente criterio: Si veo algo que aparece en una versión y no en la otra, lo transcribo. Por ejemplo: Ahora voy a transcribir el texto que Víctor escribió a bolígrafo en la cubierta de una sola de las dos versiones mecanografiadas, y que dice así:

“Esta obra no ha sido escrita a la medida, como suele hacerse en nuestro putrescible teatro. No es una creación de un sastre. Tampoco se ha tenido en cuenta que la primera actriz, o el primer actor, sean ejes (en el sentido del tiempo que hablan o permanecen en escena) alrededor de los cuales giren los asteroides partiquinos.

El tema de ella no ha sido tratado – que yo sepa – en el teatro nacional ni extranjero. No se plantea en él tampoco, como puede interpretarse en sus inicios, ninguna tesis. Todo queda en el aire, como queda en los problemas vitales y eternos que nos rodean. No

es, ¡Dios nos libre!, una comedia de minorías. Pero es apta para cualquier sensible espectador.”

El profesor Ulloa no tiene ni el más mínimo sentido práctico: No sabe ni conducir un coche, ni buscar una emisora en la radio para oír un partido de fútbol o un concierto, ni freír un huevo... Pues bien, esta falta de sentido práctico del personaje imaginario Rodrigo Ulloa es idéntica a la del personaje real Víctor Doreste. Con la diferencia de que Rodrigo Ulloa ganaba dinero porque una buena editorial madrileña le editaba sus libros, y Víctor Doreste, en su querida tierra, estaba todo el día trabajando y ofreciendo su obra sin encontrar nunca una entidad editorial o musical que le ayudara de forma permanente.

En otro pasaje de la comedia, un “Desconocido” hace un juicio crítico sobre el profesor Ulloa, sin saber que tiene a éste delante, pues sólo lo conoce a través de su obra. Dice el “Desconocido” refiriéndose a Ulloa: “Tiene una vasta cultura, ha leído mucho. Pero no calienta asiento”. El profesor Ulloa pega un respingo gracioso y se cambia de asiento. El “Desconocido” sigue explicando: “Sí, está estudiando un tema, lo plantea bien, razona bien, pero no lo concluye del todo, y se va a estudiar otro tema distinto. Luego vuelve al tema anterior....”.

Aquí Víctor Doreste se toma el pelo a sí mismo, porque él era muy trabajador, pero cambiaba de tarea según su gusto, siguiendo el impulso que sintiera en cada momento. A lo mejor lo invitaban unos

amigos para comprometerlo y obligarlo a tocar la guitarra. Si no tenía ganas, se negaba, seguía con la tarea que tenía entre manos, o se abstraía, se ponía a pensar en cualquier tema filosófico o artístico o científico, pues también se interesaba mucho por la ciencia. En cambio, otro día iba a tomar unas copas en un bar de mal aspecto, un bochinche, como decimos en canario. De pronto le entraban ganas de tocar, pedía una guitarra y dejaba admirados a sus oyentes.

En otro rasgo de carácter no coinciden Rodrigo Ulloa y Víctor Doreste. El profesor Ulloa dice de sí mismo que es “un espíritu frío, seco”; por el contrario Víctor Doreste era muy amable y afectuoso.

Una anécdota simpática y curiosa: Cuando yo estudiaba Bachillerato, mi tío Víctor me preguntó una vez qué temas de Literatura estaba estudiando por aquellos días. Le contesté que el Quijote, y me sugirió lo siguiente: “Debes plantearle a tu profesor, como cosa tuya, la siguiente cuestión: Cervantes, en el primer capítulo dice que el hidalgo tenía un galgo corredor, y luego en todo el resto del libro se olvida del pobre galgo”.

Cuando miss Eva llega como invitada a casa del profesor Ulloa, lleva un perrillo en los brazos, y se lo entrega a su anfitrión, el cual no sabe qué hacer con el animalito y lo deja encima de un sillón. Pues bien, en el resto de la comedia, Víctor Doreste se olvidó del pobre perrillo.

Una limonada para el señor

Comedia en tres actos,
original de Víctor Doreste.

La acción en Madrid

Personajes de la comedia

Los tres profesores

Profesor Ulloa, 55 años, Madrid
Profesor Robertson, 40 años, Chicago
Profesor Wikelman, 60 años, Munich

Los tres hijos del profesor Ulloa

Don Enrique Mendoza, 25 años, Méjico
Miss Eva, 23 años, New York
Fu-Lo-Sang, 21 años, China

Otros personajes

Doña Carmen, 50 años, ama de llaves de Ulloa
Manuel, el sirviente
Desconocido

Primer Acto

Primer cuadro

Los tres profesores

Un salón recibidor con amplia biblioteca. Dos mesitas, cómodas, sillones, y en un rincón un esqueleto humano (o un cráneo encima de la mesa). En una de las mesitas, una esfera terráquea. Salida al fondo (puede hacerse sin decoración).

Ulloa. – *(Tomando un libro de la biblioteca y examinándolo con gran interés) ¡Ajajá! Éste es mi hombre. (Se dirige a uno de lo sillones del primer término y se sienta. Lee en voz alta) "Sobre la voz de la sangre y las simpatías consanguíneas". (Apoya el libro en las rodillas y se queda un momento contemplando el techo) Eres un gran cerebro, Wikelman. Tienes todas mis simpatías y tus razonamientos son sólidos. Veremos lo que dice Robertson. Pero lo destruiremos. Entre tú y yo lo destruiremos. Estoy seguro de ello. ¡Bah! (Arroja el libro sobre la mesa y se levanta) Hay que quemar muchos libros. ¡Muchos libros! Hechos experimentales son los que hacen falta. Eso. Hechos experimentales. (Se dirige hacia la biblioteca) (En crescendo) ¡Robertson, Robertson, Robertson, Robertson! (Se dirige otra vez al sillón, se sienta, toca un timbre) (Como un grito) ¡¡¡Robertson!!!*

D^a Carmen. – (*Entra silenciosa; lleva gafas oscuras permanentemente*) ¿Desea algo el señor?

Ulloa. – Doña Carmen. Hoy me encuentro algo nervioso. Por primera vez en mi vida. No lo sé de cierto, pero creo que es este estado al que llaman nervioso. Siempre he dominado mis nervios. Usted lo sabe. Pero van a suceder cosas extraordinarias entre estas cuatro paredes. No se alarme si oye algún desatino. Deseo por lo pronto que tome estos libracos de Robertson y los queme.

D^a Carmen. – Pero profesor...

Ulloa. – Sí. Ya sé lo que va a contestarme. Que como usted no fuma ni yo tampoco, y enciende el gas de la cocina con un aparato de pedernal... Sí, ya sé. Que no hay cerillas en la casa. Pues busque las cerillas y queme esos libros.

D^a Carmen. – Le obedezco. Pero mañana no estoy dispuesta una vez más a recorrer todas las librerías de la ciudad en busca de las obras completas de ese doctor Robertson, que Dios confunda.

Ulloa. – Ya ha dicho usted una cosa sensata. ¡Que Dios confunda!

D^a Carmen. – Tengo razón, profesor. Ya los he quemado tres veces... bueno... le he engañado. La última vez los escondí debajo de mi cama, y así no tuve que comprarlos al día siguiente. He de advertir al señor dos cosas. Primero: Que me atreví a leer algo del segundo tomo, y francamente, ni lo entendí

ni lo quiero entender. Por lo que a mí respecta no me ha de quitar el sueño. Se lo aseguro.

Ulloa. – ¡Claro! Las mujeres no poseen el don de la síntesis, del análisis. Las mujeres son más intuitivas. La intuición es aprender cosas sin saber cómo se han aprendido. Mi madre, por ejemplo, no sabía nada de matemáticas, y eso exasperaba a mi padre. En cambio mi madre, con su gran capacidad intuitiva, salvó a mi padre y a toda la familia de muchos peligros. Sabía discernir a la perfección la verdadera catadura moral de las personas, sobre todo de los amigos y socios de mi padre. Pero en este caso concreto la intuición no cuenta. Lo importante es el análisis, ¡el análisis!

D^a Carmen. – Creo que vamos ganando las mujeres. ¡Las pobres! Pero vamos con el otro asunto: He de advertirle que la edición de las obras completas del señor Robertson está absolutamente agotada. Me he convertido, sin pretenderlo, en una bibliófila. ¿No se dice así? (*Se dirige a la biblioteca*) Y ahora le obedezco, si ése es su deseo.

Ulloa. – (*Levantándose*) ¿Dice usted que está agotada la edición? Bueno... Claro que si tuviéramos cerillas, pues ahora mismo... pero tendría usted que salir, y seguramente... estará lloviendo un poquillo. ¿No?

D^a Carmen. – No, señor. El día está muy seco.

Ulloa. – Sí, muy seco... pero habrá un viento...

D^a Carmen. – Eso sí. Hace un poco de viento.

Ulloa. – No, doña Carmen. No debe usted salir, tendría que quemarlos con el gas de la cocina, y ¡caramba!, eso de que el guiso sepa también a Robertson, me parece ya demasiado. Al fin y al cabo, las ideas no son combustibles. Ya le avisaré, doña Carmen. Déjeme solo ahora, ya le avisaré.

D^a Carmen. – (*Saliendo*) Como usted ordene.

Ulloa. – (*Cayendo en el sillón*) Nervioso por primera vez en mi vida. Pero (*irguiéndose*) hay que dominarse. (*Pausa. Suspira profundamente*) Parece que ya va pasando. (*Sereno*) Sí. ¡Vaya! Ya soy lo que siempre he sido. Lo que debo ser. Un frío profesor en ciencias. Después de todo... este Robertson tiene talento. Ahora que Wikelman... ese diablillo de Wikelman.

D^a Carmen. – (*Apareciendo en el fondo y anunciando*) El profesor Wikelman.

(*Ulloa se levanta de un salto, se lanza con rapidez a la biblioteca, deja el libro de Wikelman y toma uno de Robertson. Se queda de pie esperando y con el libro en la mano*)

(*Entra Wikelman*)

Wikelman. – (*Muy ceremonioso y tendiendo la mano a Ulloa*) ¿Tengo el honor de estrechar la mano del profesor Ulloa?

Ulloa. – El honor es mío al estrechar la del célebre profesor Wikelman. (*Se retira un poco para observarlo mejor*) Perdóneme. (*Pausa*) Me lo había figurado así, poco más o menos. Un poco más bajo...

y desde luego sin lentes. Tenga usted en cuenta que lo conocía a través de un retrato en que no los llevaba. Pero siéntese usted, doctor. (*Se sientan ambos. Ulloa deja el libro de Robertson sobre la mesa*) No sabe usted el placer que me proporciona acudiendo a esta cita, desde su culto país. Acaba de llegar, ¿no?

Wikelman. – Efectivamente. Un viaje espléndido. Tenía muchas cosas que hacer antes: Un ciclo de conferencias en Basilea, Frankfurt y Nüremberg. Y la asistencia a un caso realmente extraordinario. Se trata de un caso experimental sobre la materia que a nosotros dos tanto nos preocupa...

Ulloa. – Perdone. ¿Ha dicho usted que se trata de un caso experimental?

Wikelman. – Sí. Un caso de reconocimiento instantáneo. Un hijo que reconoce a su madre sin haberla visto jamás. Ya hablaremos... Ya hablaremos sobre este interesante tema.

Ulloa. – Estoy intrigadísimo.

Wikelman. – Recibí su carta y ardo en deseos de que me explique... ¡Ah!, perdóneme. Quería decirle antes que nada que he leído su última obra. Estoy de acuerdo en todo, menos en un punto.

Ulloa. – Expóngamelo, profesor.

Wikelman. – No nos apuremos. Tendremos tiempo sobrado para discutir nuestros puntos de vista. Pero he de serle sincero. Si bien tenía grandes deseos de conocerle personalmente, lo que me ha

intrigado en grado sumo, casi... casi lo que me ha decidido a tomar el tren y a pasarme una temporada con usted es la formidable sorpresa que me anuncia en su carta. ¿Qué fuerza puede tener ese personaje para que me asegure que sería capaz de hacer un viaje al otro hemisferio para conocerle? ¿Quién puede ser?

Ulloa. – No lo he visto en mi vida, pero sé muy bien quién es. Le ruego, doctor Wikelman, que haga acopio de su mayor serenidad. ¿Se emocionaría usted si dentro de unos minutos se presentara aquí el emperador de la China?

Wikelman. – Ya no hay emperadores de la China.

Ulloa. – Pero supóngase que los hubiera, doctor.

Wikelman. – Soy muy duro para emocionarme.

Ulloa. – Entonces podemos darnos la mano. Vamos a ver, doctor. ¿Y si apareciese de pronto... la... Greta Garbo?

Wikelman. – ¿Quién?

Ulloa. – La Greta Gerbo.

Wikelman. – No he oído nunca ese nombre.

Ulloa. – Es extraño. Pero... en fin. ¿Y si de improviso se presentata aquí el doctor...?

D^a Carmen. – (*Anunciando*) El doctor Robertson.

(*Wikelman de un salto*)

Wikelman. – ¡Robertson!

(Entra Robertson muy ligero. Hace una inclinación de cabeza. Se fija en la biblioteca, se dirige a ella y empieza a husmear los libros)

Robertson. – Ya me lo suponía. Creí que los había usted quemado *(Escudriñando nuevamente)* Lo había imaginado. Está usted leyendo mi segundo tomo. ¿Le intriga, eh? *(Se dirige a la mesa y toma su libro)* ¿Qué decía yo? *(Suelta el libro)* Perdóneme. Se me olvidaba el detalle elemental de presentarme y saludarles. Willy Robertson.

Ulloa. – *(Presentando)* Profesor Wikelman, y Rodrigo Ulloa, su servidor.

(Se dan la mano. Wikelman y Robertson muy fríamente)

Robertson. – Ya había supuesto que se trataba del doctor Wikelman de Munich. ¡Un extraño terceto! Well, well, well. Supogo que no tendrán ustedes armas.

Ulloa. – *(Mostrándola)* Una estilográfica.

Robertson. – ¿No estará envenenada?

Wikelman. – No conozco en el mundo sino una sola estilográfica envenenada.

Robertson. – Recojo la alusión, pero le advierto que escribo siempre con lápiz y alguna vez en una "Smith Premier" ¿Y qué? ¿No me contesta usted que pudiera estar envenenado el lápiz? Se le ha escapado lanzarme esa punta.

Wikelman. – No me agradan los chistes.

Robertson. – Pues bien, señor Wikelman; ni mi estilográfica ni mi lápiz están envenenados; pero la cinta de mi "Smith Premier" la impregno todas las mañanas con una solución de ácido prúsico.

Ulloa. – Bueno, señores, tomemos asiento. Yo les he citado para cosas más interesantes que este torneo de agudezas. *(Se sientan. El doctor Wikelman mirará a Robertson en plan de reto. Robertson mantendrá siempre su tono irónico)*

Ulloa. – Estamos los tres de acuerdo en que el doctor Robertson sustenta unas sobre el amor, el cariño filial, y sobre todo lo que pudiéramos llamar la voz de la sangre, contrarias a las del profesro Wikelman y a las mías propias. Yo les he citado para que... iba a decir para que cambiásemos impresiones sobre los temas que tanto nos han apasionado y nos apasionan, pero me parece una más cabal expresión... para que... observemos. No somos nosotros los únicos personajes de esta farsa.

Robertson. – El cuento es bonito, pero roguemos a la Providencia que no vengan más profesores.

Ulloa. – *(Toca un timbre)* Deseo, antes de exponerles el objeto de esta cita, al parecer absurda, que tomemos una copa de algo, y que la tomemos como un rito. Quiero que sea algo así como un pacto de cordialidad y de tolerancia entre nosotros. Al doctor Robertson, que viene de Chicago, le encantará segu-

ramente un whisky no falsificado. En cuanto al doctor Wikelman, de la Universidad de Munich...

Wikelman. – Permítame, doctor...

Ulloa. – Ya sé lo que va usted a decirme.

Wikelman. – Es que yo...

Ulloa. – Al doctor Wikelman, saturado de cerveza, le agradecería una copita de nuestros vinos transparentes y olorosos. Un Jerez... un...

Robertson. – He leído en los ojos del doctor Wikelman lo que deseaba decirle.

Wikelman. – ¿Usted qué sabe?

Robertson. – El señor Wikelman quería decirle que jamás ha bebido ni ha fumado.

Wikelman. – Ha fracasado usted como adivinador del pensamiento. (*Toma un cigarrillo de la mesa. A Robertson*) ¿Tiene usted una cerilla?

Robertson. – (*Saca una caja, enciende una cerilla y se la ofrece*) ¡Cuidado, doctor! Tiene usted el cigarrillo al revés.

Wikelman. – (*Hace un gesto de contrariedad y da la vuelta al cigarrillo*) Y además bebo.

Robertson. – Pues yo ni fumo ni bebo.

Ulloa. – Ni yo.

Robertson. – Pero no obstante haré honor al rito de la tolerancia. Tomaré una limonada

Ulloa. – (*Toca un timbre*)

Manuel, el sirviente. – (*Entra*) Buenos días, señores.

Ulloa. – Manuel, dos limonadas. Y para el doctor... (*Wikelman se levanta congestionado y tose estrepitosamente. Se levanta Robertson y comienza a darle palmaditas en la espalda, primero suavemente, y como Wikelman sigue tosiendo en aumento, empieza a propinarle golpes cada vez más fuertes*)

Robertson. – ¿Pero qué cigarrillos se gasta usted, señor Ulloa? (*Sigue castigando a Wikelman*)

Ulloa. – (*Levantándose*) ¡Basta, profesor! No soy partidario de la paliza como terapia. (*Intenta separarles*)

Wikelman. – (*Se calma y se sienta, abatido*)

Ulloa. – Manuel, tres limonadas.

Manuel, el sirviente. – Sí, señor. (*Se retira*)
(*Se sientan Ulloa y Robertson*)

Robertson. – Y ahora escúchenme atentamente: El profesor Robertson no cree en el amor. Ni en el de los padres ni en el de los hijos, ni en el de las esposas. El amor para él es una rutina biológica. El hombre no escoge a sus padres ni éstos a sus hijos. Amamos (sigue hablando el doctor Robertson) lo que convive con nosotros. A nuestro incómodo bastón. A nuestra mesa desvencijada. Al perro que nos regalaron al azar. Al gato de la abuelita. Amamos nuestro viejo sombrero porque le hemos infundido algo de nuestra personalidad, y porque está impregnado de nuestras propias secreciones.

Wikelman. – ¡Materialismo satánico!

Ulloa. – Este sombrero pudo haberlo comprado nuestro mejor enemigo, y entonces lo hubiéramos pateado con furia. Amamos en fin, lo cercano, lo que la casualidad nos pone al alcance de la mano.

Robertson. – Con la sola excepción de la suegra.

Wikelman. – Ame usted por lo menos la seriedad.

Ulloa. – Hemos de suponer, dice el señor Robertson, que existen mujeres malas y mujeres buenas. Pero nuestra madre es siempre la mejor de las mujeres. De lo que se deduce que si todas las mujeres tuvieran un solo hijo tan siquiera, todas ellas serían unas santas. ¿No es eso, doctor Robertson?

Robertson. – Algo desvirtuado. Pero prosiga.

Ulloa. – La peor de las madres se arrastra pidiendo el indulto del más vil de los asesinos, si ese asesino es su hijo. El hombre raramente escoge a su mujer. Es escogido por ella.

Wikelman. – (*Dando un puñetazo*) ¡Monstruoso, señor Robertson, monstruoso! Yo he demostrado sobradamente...

Ulloa. – Evitemos discusiones enojosas.

Robertson. – Continúe, profesor. Mejor dicho... Permítame un momento que me explaye en mis propias monstruosidades. Sostengo que no existe la tan manoseada voz de la sangre. Teóricamente no se ha demostrado nada, y todos los casos experimentales a que he sido invitado han resultado fallidos. Sostengo

además que la moral de la mujer es siempre refleja de la del marido.

Wikelman. – ¡Monstruoso, diabólico!

Robertson. – ¿Conoce usted un solo caso en que una mujer haya pedido el divorcio porque su marido se dedique a los negocios sucios? ¿Porque sea un usurero... un...?

Wikelman. – Sí. Conozco un caso.

Robertson. – ¡Bah! No darían los negocios para comprarse un automóvil de lujo. ¡Un caso! Las hermanas siamesas eran también un caso.

Ulloa. – ¡Alto ahí, Robertson!

Robertson. – (*Irónico*) ¿Me apea usted el tratamiento universitario, profesor?

Ulloa. – Es que tal vez empezamos a comprendernos, a-mi-go.

Robertson. – (*Dando una palmada*) ¡Bravo, amigo Ulloa!

Wikelman. – No puedo en rigor científico admitir estas simpatías repentinas. Bien es verdad que las defiendo en mis obras, pero sólo cuando se trata de seres de una gran afinidad consanguínea que les es desconocida. No creo que entre el doctor Robertson y el profesor Ulloa...

Robertson. – ¡Sería estupendo! El señor Ulloa y el señor Robertson resultan ser hermanos sin saberlo. Una historia lejana, una separación forzosa, una pérdida de memoria, hizo posible este absurdo. Y el célebre profesor Wikelman, que sustenta una

teoría de que una madre conoce a sus hijos a través de un instinto consanguíneo, observa el encuentro de los dos hermanos y se queda en Babia, donde estuvo la mayor parte de su vida.

Wikelman. – ¡Doctor!

Robertson. – Mientras el doctor Robertson averigua al punto que el doctor Wikelman no ha bebido ni ha fumado en su vida, en el preciso momento en que éste intenta fumar un inofensivo cigarrillo y tose como un condenado. Y si quieren ustedes que continúe y me exalte (*se levanta y comienza a pasear*) y ponga a prueba mis facultades telepáticas y adivinatorias, casi podría explicarles el por qué el profesor Ulloa nos ha citado a su casa a pasar una temporada, y casi, casi... pero no. (*Se sienta*) Prefiero que nos lo explique el propio profesor

Manuel, el sirviente. – (*Entra con las limonadas, las deja en la mesa y se va*).

Ulloa. – Y ahora, bebamos, señores. (*Beben*) Pues bien. Ha llegado el momento de mi revelación. Siempre fui un espíritu frío, seco. Es decir, no siempre. Cuando muy joven parece que tenía algunas cualidades artísticas. Algo sucedió en mi vida que destruyó aquella sensibilidad incipiente, y tuvo lugar una verdadera inversión de mis facultades. Entonces se despertó en mí ese espíritu científico a través del cual ustedes me conocen. Hace muchos años que quemé mis sonetos, mis... en fin... No quiero recordar esa parte débil de mi vida,

Me emocionaba mucho con Chopin, me hacía llorar Beethoven... pero ese hombre murió definitivamente. Yo asistí a su entierro.

Robertson. – Si lo que pretende es desconcertarme, creo que lo va a conseguir, doctor.

Wikelman. – A mí no puede desconcertarme. Siempre vi a través de la obra del señor Ulloa un fondo de romanticismo.

Robertson. – Usted ha nacido para contradecirme. El día que dejara de hacerlo, su personalidad bajaría de nivel.

Ulloa. – Y ahora levantemos al fin el telón de esta farsa. (*Pausa*) Hace años hacía un viaje por el centro de Europa con mi mujer y mis tres hijos pequeños, dos varones y una hembra. Añadiré que mi fortuna era cuantiosa. Sobrevino un horrible accidente en el momento en que fui a despedirme de mis hijos en un vagón especial para niños. Era uno de los últimos vagones del tren y eso me salvó. La catástrofe fue espantosa, y mi mujer... Bueno, aquello no era nada más que un montón de hierros retorcidos y de huesos calcinados. (*Se pasa la mano por la frente*)

Wikelman. – Respeto su dolor, profesor.

Ulloa. – Se lo agradezco. Pero esto es lo terrible: que no hubo apenas dolor. ¿Empieza usted ahora a comprender que el doctor Robertson no es precisamente un monstruo?

Robertson. – Confieso que empieza usted a darme un poco de miedo.

Ulloa. – No hubo dolor... y ése es mi dolor.

Wikelman. – Me temo algo escalofriante.

Robertson. – Amigo Wikelman: Va usted por un magnífico camino, y esos personajes que faltan son...

Wikelman. – ¿Son...?

Ulloa. – Mis hijos.

Wikelman. – ¿Sabían ellos?

Robertson. – No haga preguntas ingenuas. Pro siga, doctor Ulloa.

Ulloa. – Ellos no me conocen. Estuve pensando durante meses enteros la manera de hacer con ellos una experiencia jamás igualada. Urdí todos los detalles como el criminal prepara un crimen genial. Preví todos los acontecimientos. Borré todas las huellas. Porque yo, señores, soy un profesor universitario que escribe libros de psicología y sociología. Soy un investigador que no quiere encerrarse en una torre de marfil, sino llegar a toda clase de público. Por eso escribo con un lenguaje muy claro y muy didáctico. Mi editor me apoya, me solicita libros que han sido traducidos a los idiomas más hablados. Así gano bastante dinero, aunque mi editor, claro es, gana con esos libros más que yo.

Creo que no hay actividad más satisfactoria, más apasionante, que el trabajo intelectual permanente, pero un trabajo que no sea sólo teórico, sino apoya-

do en las experiencias que podamos realizar colegas de mi confianza o yo mismo.

Pero ¡ay!, que estas virtudes mías, de las que no presumo, sino que reconozco que Dios me las otorgó... Estas virtudes mías, digo, llevan aparejadas unos graves defectos, que se resumen en mi falta de sentido práctico para las cosas más elementales de la vida: No sé conducir un coche, no sé buscar una emisora en la radio para oír un partido de fútbol o un concierto. Le pido a mi ama de llaves que me busque la sintonía. No sé nada de cocina, ni freír un huevo. No sé hablar por teléfono...

(Wikelman y Robertson sueltan una carcajada)

Ulloa. – Bueno, sabría hablar si me lo propusiera, pero no quiero intentarlo, no me gusta. Con esta falta de sentido práctico, yo solo, viudo, no podía educar a mis hijos. Por otro lado quería hacer el experimento de ver en acción la voz de la sangre. El punto más difícil era dejar a mis hijos bajo la tutela de personas de mi más absoluta confianza. En casa de un amigo, marqués, conocí a un matrimonio chino, sin hijos, que regresaban a su país. A este matrimonio le dejé el menor de mis hijos. El mayor lo dejé a un matrimonio mejicano que viajaba con frecuencia a España. Y la hembra a un diplomático americano que estaba destinado en Madrid, y aquel año regresaba con su señora a Nueva York. Durante estos años he estado bien informado sobre mis hijos. Ellos jamás habían de saber quien era su verdadero

padre. Es decir, un jamás que iba a durar muchos años. Efectivamente, los tutores han cumplido su palabra. Ahora he hecho creer a mis hijos que un millonario viudo y extravagante había señalado al azar en un globo terráqueo tres países distintos. De esos tres países, tres ciudades, y de estas tres ciudades, tres direcciones telefónicas. Luego he invitado a los tres agraciados a pasar una temporada de placer en mi casa.

Robertson. – Siento decirle, profesor, que su esposa dio a luz sin proponérselo tres únicos y maravillosos conejillos de Indias.

Wikelman. – Doctor Ulloa, le sigo admirando, pero comprendo que no tiene usted corazón. Sin embargo, le ruego que no se deje dominar por los sentimientos. Echaríamos a perder esta experiencia única que se nos presenta. Y respecto al doctor Robertson, creo que va a pasar muy malos ratos. Tendrá ocasión de observar que existe la intuición del vínculo consanguíneo. Podrá observar cómo, sin reconocer a su padre, estos hijos sentirán una irrefrenable simpatía. Una atracción que se irá convirtiendo paulatinamente en amor. *(Exaltándose)* ¡La voz de la sangre, doctor Robertson! ¡La voz de la sangre, doctor Ulloa!

Manuel, el sirviente. – *(Entra)* Doctor, tres telegramas acaban de llegar.

Ulloa. – *(Se levanta y los toma con gran emoción)*

Manuel, el sirviente. – (*Se va*)

Ulloa. – (*Leyendo en voz alta*) "Barcelona. Ceremoniosos saludos al astro preclaro firmamento científico español anúnciale llega mañana, Fu-Lo-Sang“. Éste es el menor. ¡Qué lenguaje, el Oriente con su exquisita cortesía! Soy un astro preclaro del firmamento científico español. ¡Qué les parece? Veamos este otro. (*Rasga nerviosamente el segundo*) "Cádiz. Llegaré mañana como las balas. Enrique Mendoza“. ¡Como las balas! Éste es el de Méjico. (*Tomando el último telegrama*) Éste, no cabe duda que será el de la niña, que tiene ya 23 años. "Lisboa. Gran juerga flamenca. Hermosos fados de Sevilla. Magnífica manzanilla Oporto. Llego mañana si no se enreda esto. Eva Smith“.

(*Ulloa se deja caer con desaliento en el sofá*)

Wikelman. – ¡Colosal!

Robertson. – (*Poniéndole una mano sobre el hombro*) La experiencia es maravillosa, pero los pecados hay que pagarlos, doctor Ulloa.

Primer Acto

Segundo cuadro

Los tres hijos del profesor Ulloa

(La misma decoración).

(Al levantar el telón, Ulloa se pasea nerviosamente. Parándose y consultando el reloj)

Ulloa. – Las siete. Ya debía estar aquí. *(Se pasea. Suena un timbre. Indeciso)* ¿Saldré a recibirla? *(Pausa)* Será mejor que la espere aquí. ¡Oh!, mi sangre fría me abandona. *(Va hacia la puerta, se arrepiente, vuelve sobre sus pasos. Se sienta. Toma un libro y empieza a hojearlo)*

D^a Carmen. – *(Entra)* Miss Eva Smith acaba de llegar, señor.

Ulloa. – *(Adoptando un tono de gran frialdad)* ¡Ah!, bien, miss Eva. Hágala pasar.

D^a Carmen. – Trae una infinidad de bultos, y una cosa que parece un perro.

Ulloa. – ¿Que parece un perro?

D^a Carmen. – A mí por lo menos así me ha parecido. Me ha enseñado los dientes, y hasta creo haberle oído un ladrido.

Ulloa. – Bien. Dígale a Manuel que le suba el equipaje, y hágale pasar. *(Se va doña Carmen)* Un momento, doña Carmen. ¿Qué tal es? ¿Qué efecto le ha hecho?

D^a Carmen. – ¿A mí? Ninguno, señor. ¿Cómo voy a fijarme en esas cosas? Creo que es rubia, pero tampoco estoy segura de ello.

Ulloa. – Está bien. Dígale que la estoy esperando. *(Se va doña Carmen. Entra Eva muy desenvuelta y con un perrillo en los brazos. Ulloa se levanta y se dirige hacia ella con cierta emoción, pero se reprime y adopta una fría actitud, haciendo una reverencia)* Rodrigo Ulloa.

Eva. – Eva Smith. *(Se dan la mano. Eva pone el perrillo en los brazos de Ulloa)* Dispense, pero es que estoy rendida. *(Habla con mucha gracia y desenvoltura)* Estoy desde esta mañana en Madrid. *(Ulloa no sabe que hacer con el perrillo y lo deja encima de un sillón).*

Ulloa. – Déjeme usted que la observe. ¡Es usted guapísima!

Eva. – Muy galante. Supongo que no será usted un Don Juan español. En las pocas horas que llevo en su país me he tropezado ya con una docena por lo menos.

Ulloa. – ¡Oh!, no se preocupe por eso. Tenga la más absoluta seguridad. Hablando de otro tema, quería decirle, miss Eva, que sus dos compañeros... los otros dos agraciados... agraciados en caso de que lo pasen ustedes bien... hace ya dos días que se encuentran en esta casa.

Eva. – Perdone mi retraso. Pero es que no había visto de cerca una verdadera juerga flamenca. ¿No

decía usted que uno de los agraciados había sido un chino? ¿Habrá venido con su trenza y todo?

Ulloa. – No es un chino precisamente. Es un occidental criado y educado en aquel país.

Eva. – (*Se da un corto paseo por la habitación examinándola*) ¡Uy, cómo huele esto a ciencia! (*Se dirige a un rincón donde hay un esqueleto humano*) ¡Qué espanto! ¡Válgame Dios lo que somos! (*Va rápidamente a la mesa y hace girar con un dedo la esfera terráquea. Apunta con el dedo y para la esfera*) ¿Fue éste el bombo de la lotería, señor Ulloa?

Ulloa. – Usted lo ha dicho.

Eva. – (*Mira con picardía la esfera*) ¡El Congo! ¡Qué gracia hubiera tenido! Si hubiera usted apuntado con el dedito meñique al Congo, estaría a estas horas hablando con una negrita de pelo rizado. (*Saca el labio inferior y hace un mohín muy gracioso. Inicia una danza negra de movimineto de caderas.*) Bun – Ba – Tun, Bun – Ba – Tun. (*Se ríe. Se deja caer en un sillón*) Señor Ulloa, estoy cansadísima

Ulloa. – (*Se sienta junto a Eva*) Miss Eva. A usted le extrañará todo esto.

Eva. – ¿Extrañarme, el qué?

Ulloa. – Sí. Mi carta. Esta invitación tan... tan extravagante. Sin conocerla, así, al azar.

Eva. – Piense usted que vengo del país de las extravagancias. Esto es un juego inocente, y además, nada original. Invitar a una persona poniendo un

dedo en la guía de teléfonos es algo manido en mi país. En las películas es un tema ya gastado. Si ha creído inventar algo nuevo el señor Ulloa, siento defraudarle. He aceptado su proposición porque hace tiempo que tenía deseos de conocer España. ¡Esto sí que es un país original! Esos fados tan alegres.

Ulloa. – ¿Fados aquí, y además alegres?

Eva. – ¡Oh! No conoce usted los blues de Harlem, y esas malagueñas de Coimbra.

Ulloa. – ¿Pero qué dice usted? Creo que la han informado mal. Tenga en cuenta que España es el país de los bromistas de...

Eva. – No, señor Ulloa. Se equivoca usted. Me han informado muy bien. He conocido en el tren a un joven muy simpático de Andalucía. ¡Oh, darling! Su padre tiene grandes plantaciones de plátanos en Ávila, y una joyería en Sierra Morena.

Ulloa. – (*Se echa las manos a la cabeza*) ¡Pero miss Eva! Se han burlado de usted, créame. Seguramente se habrá usted tropezado con algún guasón de Sevilla.

Eva. – Le suplico que no me hable de Sevilla. He pasado varias temporadas en Boston, y no me agradan esas ciudades donde llueve constantemente, y donde se ve el sol quince días al año.

Ulloa. – ¿Le dijo eso también su compañero de viaje?

Eva. – ¡Claro! En unas cuantas horas me puso al corriente de todo. De las características de las

ciudades. Para invemar, para veranear. Por cierto, para los meses crudos de invierno, me recomendó una pequeña ciudad donde las mujeres se pasean en pleno diciembre en manga corta y se abanicen constantemente.

Ulloa. – ¿Tenerife, tal vez?

Eva. – No, espere usted... ¡ah, sí, Teruel!

Ulloa. – Con que Teruel, ¿eh? Pues mire, miss Eva, pasaremos el mes de julio en Córdoba. Verá usted qué temperatura más deliciosa.

Robertson. – (*Entra. Reparando en Eva*) ¡Ah!

Ulloa. – (*Presentando*) Miss Eva Smith, de Nueva York. Mister Robertson, de Chicago.

(*Robertson hace una inclinación de cabeza*)

Eva. – ¿Compatriotas?

Robertson. – Según lo que entienda usted por compatriotas. Norteamérica es una gran incubadora. Todos somos allí hijos adoptivos de una máquina maravillosa. (*Dirigiéndose a Ulloa*) Y bien, doctor, quiero comunicarle una cosa extraordinaria... dos cosas extraordinarias... mejor dicho, tres cosas extraordinarias.

Ulloa. – (*Contando con los dedos*) Cuatro cosas extraordinarias... cinco... seis...

Robertson. – ¡Alto! Le contaré solamente la primera de ellas (*Pausa*) He hallado al doctor Wilkeman en la calle de Embajadores.

Eva. – ¿Es la calle donde están las embajadas?

Robertson. – Efectivamente, miss Eva. Es una calle suntuosa donde están todas las embajadas del mundo, menos la de Nigeria, que han empezado a construirla la semana pasada. Y bien, señor Ulloa, continuando mi relato, pongo en su conocimiento que el doctor Wikelman estaba saboreando de embajada en embajada ese vino diplomático que ha sido bautizado en España con el nombre de... he dicho que ha sido bautizado y no me arrepiento, porque confieso que he tenido la debilidad de probarlo. ¿Cómo se llama?

Ulloa. – ¿No será Valdepeñas?

Robertson. – ¡Valdepeñas! Ése es su nombre.

(Eva se sienta y enciende un cigarrillo)

Ulloa. – Pero si es increíble.

Eva. – ¿Puedo saber quién es ese doctor...?

Robertson. – Wikelman.

Eva. – ¡Ah!, sí, Wikelman.

Robertson. – Pues... todo lo contrario al doctor Robertson.

Eva. – Que es usted precisamente. ¿No?

Robertson. – Así parece.

Eva. – *(Como recordando)* Robertson, Robertson. Me suena ese nombre.

Robertson. – No tiene nada de particular. En Nueva York hay varios Robertson. Entre ellos un antiguo empleado de la Morgue, que se jactaba de ver al día más cadáveres que seres vivientes. Además conozco otro Robertson, un campeón de bridge.

Es el hombre de más suerte del mundo. La primera vez que salió de cacería disparó al azar y mató un mirlo blanco. Al hacer el levantamiento del cadáver, pudo observarse que el mirlo traía en el pico un trébol de cuatro hojas.

Ulloa. – (*Sonríe*) ¡Qué cosas se le ocurren, doctor!

Eva. – El caso del mirlo blanco es curiosísimo. Pero yo he conocido un elefante que escribía su nombre sin faltas de ortografía, en una “Smith Premier”.

Wikelman. – (*Entrando*) Es interesante. Yo conozco otro elefante que escribe también, pero con faltas de ortografía, en una “Smith Premier”. Es que el pobrecito padece dislexia, y no puede ganarse la vida como mecanógrafo.

Ulloa. – (*Presentando a Eva*) Miss Eva, el doctor...

Eva. – Wikelman, que viene de embajada en embajada tomando vino de balde...

Wikelman. – Perdone, señorita, pero yo siempre pago todos los servicios que solicito.

Eva. – ¡Oh! No sé si habré dicho alguna inconveniencia. Perdone, profesor.

Wikelman. – (*A Robertson*) ¿Otra adivinadora del pensamiento?

Robertson. – Así parece, Herr Wikelman.
(*Entran Enrique Mendoza y Fu-Lo- Sang*)

Fu-Lo-Sang. – (*A Enrique*) La corrida de toros me ha hecho una profunda impresión.

Enrique. – Muy buenas tardes, señores. (*Reparando en Eva*) Si no me equivoco...

Ulloa. – No. No se equivoca. (*Presentado*) Miss Eva Smith. Don Enrique Mendoza. El señor Fu-Lo-Sang, del lejano Oriente.

(*Se saludan, pero el chino se limita a hacer ceremoniosas reverencias, poniéndose la mano en el pecho*)

Eva. – Encantada.

Ulloa. – Ya estamos todos reunidos. Temía, en verdad, que me fallara miss Eva. Se enredó con unos flamencos y terminaron bailando fandanguillos de Oporto.

Eva. – Malagueñas de Coimbra, señor Ulloa.

Enrique. – Si le gusta a usted la farra, terminaremos siendo buenos amigos.

Robertson. – ¿Y qué tal esa corrida de toros?

Enrique. – Regular, regular. Mejor los toros que los toreros. De eso venía hablando con el señor Fu... Fu...

Fu-Lo-Sang. – Fu-Lo-Sang

Enrique. – Eso.

Wikelman. – Me crispa los nervios que hablen de esa fiesta cruel.

Robertson. – No tanto, profesor. Soy de la opinión que la cacería de zorros, pongo por caso, el sport favorito de los ingleses, es mucho más cruel.

Fu-Lo-Sang. – En mi país entendemos la crueldad desde otro punto de vista. Creo que el error consiste en querer humanizar al toro, como usted, señor Robertson, ha pretendido humanizar al zorro. El animal no tiene conciencia de su dolor. La fiesta es bella; eso es todo.

Wikelman. – ¡Oh! Está usted disparatando. Yo he visto un perro que lloraba.

Robertson. – El perro es un animal absurdo.

Enrique. – Yo tengo uno al que no le falta sino hablar.

Robertson. – Eso se ha repetido hasta la saciedad, pero si se llegara a dar el caso tendríamos que cortarle la lengua. Al hombre más cobarde, siendo su dueño, le diría constantemente que era el más valiente de la tierra. Al más imbécil, que era un genio. Al más feo, que era un Adonis. Si el reino animal tuviera una burocracia, los perros ocuparían los puestos mejor remunerados, porque son los grandes maestros de la adulación.

Eva. – No le permito que hable mal de los perros. Son tan cariñosos, tan fieles, tan...

Robertson. – No olvide, miss Eva, que el perro de Judas hubiera mordido a Cristo.

Ulloa. – Pero señores, era mucho más interesante hablar de los toros.

Enrique. – Ése es mi fuerte, profesor. Me gustaría una opinión suya sobre los toros, profesor Robertson.

Robertson. – Una opinión general no me atrevo a darla. Puedo dar impresiones, sugerencias... Por ejemplo, no me explico por qué, así como se pide la oreja del toro para el torero cuando éste ha hecho algo excepcional, no se pide la del torero para el toro cuando éste se ha superado en una gran faena.

Enrique. – ¡Qué barbaridad! Claro que es una broma.

Ulloa. – Naturalmente que es una broma.

Enrique. – (*Acercándose a Eva*) Supóngase usted al público con los pañuelos... (*Siguen conversando en silencio y se ríen*)

Ulloa. – (*Acercándose a Robertson y en voz baja*) Oiga, la experiencia está resultando muy interesante. Busquemos un pretexto para comentar en mi habitación estas primeras reacciones. (*Acercándose a Wikelman*) Tenemos que hablar los tres a sola.

Robertson. – Sí. (*En voz alta*) Ahora que recuerdo, señor Wikelman, me tiene usted que enseñar esa famosa colección de fotos.

Wikelman. – Sí, es verdad. Podemos verla ahora en mi habitación, si ese es su deseo.

Robertson. – Encantado.

Ulloa. – ¿La colección de paisajes de...?

Wikelman. – Sí, de los picos más altos de Suiza. Es la más completa que existe en Europa.

Ulloa. – Pues lo que es a mí, no se me escapa. Subo con ustedes. (*En voz alta*) Perdonen un

momento, señores, que mis colegas y yo tenemos que ausentarnos. Volvemos en seguida.

(Ulloa, Robertson y Wikelman se despiden y hacen mutis)

Enrique. – Bueno, ahora que se han ido los profesores, es un momento oportuno para preguntar: ¿Qué les parece todo esto?

Eva. – Divertidísimo. Hemos caído en Loquilandia..

Enrique. – Así creo. Este Ulloa es un sujeto chiflado.

Eva. – ¿Chiflado? Ridículo, querrá usted decir.

Fu-Lo-Sang. – La impresión es que se trata de un hombre de pasado tenebroso que quiere hacer una buena obra para descargar su conciencia. Creo que me aburriré bien pronto y me marcharé. No es de mi agrado. Ni el ama de llaves tampoco. Lo único que me retiene aquí es el Museo del Prado. El señor Robertson, en cambio, es interesante.

Eva. – No le alabo el gusto. Es un pedante que se cree gracioso.

Fu-Lo-Sang. – Respeto las opiniones de los demás.

Eva. – Incluso sospecho que no tiene simpatías por las mujeres.

Enrique. – Tal vez le hayan tratado mal las mujeres. A mí, como todas me han tratado tan bien, hasta las peores me parecen unos angelitos.

Eva. – ¿Y a usted, señor Fu-Lo-Sang, qué tal le han tratado?

Fu-Lo-Sang. – En mi país no nos tratan, las tratamos. *(Hace una ceremoniosa reverencia)* Con el permiso, me retiro.

Eva. – Hasta luego.

(Se va Fu-Lo-Sang)

Enrique. – Que usted lo pase bien, señor Fu-Lo-Sang. Este hombre me escama.

Eva. – Es realmente un hombre extraño y frío.

Enrique. – Todo lo contrario que yo. Me alegro que nos haya dejado solos. Comprendí desde el primer momento que le había sido simpático. ¡Me miró usted con unos ojos!... tan... no suelo engañarme cuando leo en los ojos, y sobre todo en los de las mujeres. Siempre me gustaron las morenas, pero las rubias es que me dislocan. No puedo remediarlo, ni ellas tampoco. Me encuentran algo... cuando las miro... un no sé qué. Debe ser ángel... Eso es, ¡ángel! En Méjico, mi país, todo el mundo me conoce, entre otras cosas, porque he sido el único hombre que una vez, allá en el Rancho Grande... Pero... ¿no me dice usted nada?

Eva. – *(Eva hace rato que se ha sentado en un sillón y mira distraídamente para el techo)* ¡Ah! ¿Pero todo eso era conmigo? Yo creía que estaba ensayando un monólogo para una obra de teatro en la fiesta de fin de curso en un colegio.

Enrique. – No se burle, miss Eva. ¿No cree usted en el amor, así, de repente?

Eva. – No puedo confundir el amor con un estornudo.

Enrique. – (*Poniendo un gesto de cómica contrariedad*) ¡Oh! En estas casa todo el mundo da unas contestaciones tan... tan...

Eva. – ¿Tan ingeniosas?

Enrique. – Sí, eso. Tan ingeniosas.

Eva. – Es el espíritu del doctor Robertson, que vaga por la casa.

Enrique. – Pues supóngase, miss Eva (*Haciendo un esfuerzo y dándose una palmada en la frente*) que el amor entra como un constipado.

Eva. – Un constipado suele salir, generalmente a los quince días, y yo tengo el concepto de que el amor, cuando entra no debe irse jamás.

Enrique. – Pero no olvide usted que hay constipados que se hacen irremediabilmente crónicos.

Eva. – ¡Ulalá! Le felicito, señor Mendoza. Empieza a influir en usted el espíritu del doctor Robertson. (*Se levanta*) ¿Quiere usted acompañarme a mi habitación?

Enrique. – (*En el colmo del asombro*) ¡Pero... miss Eva! ¿Es posible? ¿Lo dice usted en serio?

Eva. – (*Dirigiéndose hacia la puerta*) Y tan en serio. Sé que iba usted a pasar una mala noche, y quería ofrecerle mi tubo de aspirinas para su constipado. (*Sale riéndose a carcajadas*)

*(Enrique se deja caer cómicamente en el sillón
Entra doña Carmen impetuosamente)*

Doña Carmen. – ¡Don Enrique!

*(Se oye dentro un escándalo de voces y un rodar
de sillas)*

Enrique. – *(Levantándose)* ¿Qué sucede?

Doña Carmen. – Debe usted subir a la habitación del señor Ulloa. Hay una discusión tremenda sobre el vínculo y no sé qué más. Si no acude usted pronto, terminarán pegándose.

(Arrecia la discusión)

Enrique. – *(Saliendo con doña Carmen)* Vamos allá..

Eva. – *(Entrando)* Esto empieza a ponerse interesante.

Robertson. – La colección de fotos es interesantísima. Pero no se han puesto de acuerdo en la altitud de ciertas montañas. El doctor Wikelman opina, con una silla en la mano, dispuesto a arrojarla a la cabeza del señor Ulloa, que el Mont Blanc mide 4.800 metros, centímetro más o menos; mientras que el señor Ulloa, blandiendo también otro argumento de cuatro patas, sostiene que...

Eva. – ¿Qué sostiene?

Robertson. – Sostiene...

Eva. – Déjese de jugar con las palabras, señor Robertson. Iba usted a contestar que sostiene una silla o alguna agudeza semejante. Sería usted capaz de sacrificar a un ser querido por una frase feliz.

Seamos sinceros. Ante todo he de reprocharle que abandone a sus amigos en un momento semejante.

Robertson. – Si no pasa nada.

(Aumentan las voces)

Eva. – Suceden cosas extrañas en esta casa que pienso descubrir. Ya sé que no soy precisamente una Sherlock Holmes. Pero creo que llegaré a aclarar todo esto. A través de sus lecturas me he dado cuenta de que no tiene consideración ninguna con el bello sexo.

Robertson. – ¿Pero usted me ha leído?

Eva. – Le conocía de nombre, y aunque le extrañe, le diré que sabía que estaba usted invitado en esta casa.

Robertson. – Asombroso.

Eva. – Le diré de paso que me lo había imaginado un viejo achacoso, feo y malhumorado.

Robertson. – Me está usted piropeando, miss Eva. Debe ser la influencia del medio.

Eva. – A bordo del trasatlántico que me trajo hasta Lisboa, me entró la curiosidad de leerle, y encontré sus obras completas... mejor dicho, incompletas, porque faltaba...

Robertson. – El tomo segundo.

Eva. – ¿Cómo lo sabe?

Robertson. – Es el más interesante, y siempre se lo llevan sin consultar con el bibliotecario.

Eva. – ¿Se puede saber lo que le hemos hecho las pobrecitas de las mujeres? *(Adopta un tono cam-*

panudo de profesor pedante) "La mujer no sabe conversar con el hombre. La mujer no ha inventado nada. Los oficios propios de la mujer, como la cocina y la costura, son siempre superados por el hombre. Hasta la moda femenina es inventada por el hombre. La mujer ha nacido para hacer sufrir al hombre. La mujer que piensa algo tiene siempre un poco de bigote." (*Con despecho*) ¡No he leído nunca más tonterías en un solo tomo! ¡Qué mentalidad más troglodita!

Robertson. – Le ha faltado a usted una cosa importante. (*Se levanta*) A la mujer le encanta conversar de vez en cuando con aquellos hombres que no le conceden gran importancia. ¿Qué le parece si diésemos un corto paseo?

Eva. – Conocí en mi barrio de Nueva York un señor que, coaccionado por sus familiares, contrajo matrimonio con una prima suya, vieja, rica y fea. Cuando el pastor le hizo la pregunta de ritual: "¿Quiere usted tomar por esposa a doña Fulana de Tal?", contestó distraído: "No tengo inconveniente".

Robertson. – Ya sé lo que va usted a contestarme distraídamente. ¿Quiere que demos un paseo?

Eva. – No tengo inconveniente.

Robertson. – Ni yo tampoco, miss Eva.

Eva. – (*Saca de su pequeño bolso un lápiz y hace ademán de pintarse los labios mirándose en un espejito*) ¡Ah!, doctor, se me olvidaba. (*Rebusca en el bolso*)

Robertson. – ¿Qué se le olvidaba?

Eva. – (*Dándole tres barritas*) Son tres barritas para los labios: Ocre pálido, rosa Recamier y rojo de España.

Robertson. – ¿Y qué voy a hacer con esto?

Eva. – Es para que las pruebe, y me diga cual es la que más le gusta.

Robertson. – No la entiendo, miss Eva.

Eva. – (*Tomándole por el brazo y haciendo mutis con Robertson*) ¿Pero es que no piensa usted besarme?

FIN DEL PRIMER ACTO

Segundo acto

El interrogatorio a doña Carmen y la rebelión de miss Eva

(La misma decoración. Eva está sentada en un sillón leyendo un libro. Entra Robertson)

Robertson. – Buenos días, miss Eva. Hace algunos días que la veo preocupada: Seguramente estamos pensando los dos en lo mismo.

Eva. – Seguramente, mister Robertson.

Robertson. – Estoy arrepentido de lo de la otra noche. Usted está acostumbrada a estas cosas, pero yo no. Además no me gustó ni el ocre pálido ni el rosa Recamier, ni el rojo España. Si no encuentra usted una barrita a base de mayonesa. Le diré de paso que la mayonesa fue inventada en Mahón, y no en el extranjero, como cree la gente. Pues bien. Si se inventara una barrita a base de esa salsa, los besos sabrían a langostinos, y algo es algo.

Eva. – *(Bostezando)* ¡Nunca me he aburrido tanto como aquella noche! Perdone que se lo diga, pero no sabe usted tratar a una mujer. Besa usted lamentablemente. Le advierto que el ocre pálido y el rosa Recamier eran legítimos. Los compré en la casa Warner de la Quinta Avenida. ¿Pero usted qué entiende de esas cosas? *(Levantándose)*

Robertson. – Se trata...

Eva. – Se trata de un aburrido profesor.

Robertson. – Tendrá usted que intentar la aventura con el doctor Wikelman. Tengo entendido que estos viejos profesores alemanes son unos grandísimos picarones.

Eva. – Ustedes creen saberlo todo y desconocen lo más elemental. Se pasan la vida disparando frases. (*Con voz pedantesca*) El hombre piensa con sus toxinas. El amor es el lazo que nos tiende el genio de la especie. Están ustedes intoxicados de limonada. No conocen el placer de una noche alegre, ni el agridulce de una traición amorosa, ni un amanecer borrascoso. Ni la mordedura de los celos. Les ponen motes a todas las cosas. Unos ojos no son más que niña, córnea, iris... ¡Qué nombres más preciosos! Y para una mirada tierna o apasionada, ¿qué?

Robertson. – Para eso están los poetas, miss Eva.

Eva. – El cabello de la hermosa es un epitelio córneo. ¿Se puede decir una cosa más fea? ¿Y por qué no ha de ser sencillamente una cabellera hermosa? (*Se dirige hacia el esqueleto*) Esto es lo que les encanta, esto es lo que les atrae. Y para cada detalle tienen ustedes un nombre horroroso. Dígame, mister Robertson. Dígame por favor lo que es, lo que ha sido esta dentadura casi completa.

Robertson. – La dentadura es la trampa más perfecta salida de las manos del Creador. Ella y la sonrisa, su cómplice, hacen y deshacen las mayores for-

tuñas. Elevan a los hombres a las cumbres de la gloria, o los lanzan al arroyo y a la degradación. La gente cree que es la carne la gran vencedora, pero puede más el esqueleto cuando se asoma esmaltado entre unos labios dulces o perversos.

Eva. – (*Más calmada*) Eso empieza ya a ser bonito.

Robertson. – No lo olvide, miss Eva. La dentadura es la coquetería del esqueleto. Y hablando de otra cosa, le diré que antes estuve un poco exagerado. Le confieso que el ocre pálido no me desagradó del todo.

Eva. – (*Buscando en el bolso*) Repítalo, mister Robertson.

Robertson. – Le decía que el ocre pálido...

Eva. – (*Sigue buscando en el bolso*) ¡Qué contrariedad! ¿Puede usted creer que lo he perdido? De todas maneras (*Se levanta*) tenía que hacer unas compras, y ha venido bien que me lo haya nombrado. (*Haciendo mutis*) Hasta luego, mister Robertson, hasta luego.

Robertson. – Hasta luego, miss Eva. (*Muy contento*) Esto tiene un nombre. Sí, un nombre. Un nombre muy dulce. (*Subiendo el tono de la voz*) ¡Muy dulce, muy dulce!

(*Entran Ulloa y el profesor Wikelman*)

Ulloa. – (*A Robertson*) ¿Qué le pasa, profesor?

Robertson. – ¡Magnífico! Me pillaron de sorpresa. Estaba recordando aquellas comedias que re-

presentábamos de estudiantes en la Universidad. ¡Qué tiempos! Recordaba una escena en que tenía que repetir varias veces a la primera actriz. ¡Muy dulce, muy dulce!

Ulloa. – Una escena de amor.

Robertson. – No; se trataba de una jira al campo. La primera actriz se había encargado de hacer la mermelada y se le había ido la mano en el azúcar.

Ulloa. – ¡Ah, vamos! (*Wikelman se sienta taciturno*) Sentémonos. Estoy cansado. ¿Usted no, Robertson?

Robertson. – Me siento perfectamente. Hasta creo que una nueva savia corre por mis venas.

(*Se sientan Ulloa y Robertson*)

Ulloa. – Estoy decepcionado. Creo que he perdido los mejores años de mi vida en una obra estéril.

Robertson. – Reconozco que tiene algunas razones para pensar así, pero no muy sobradas, señor Ulloa. Considere que los acontecimientos están en pleno desarrollo, que no están aún definidos.

Wikelman. – Insisto en mis puntos de vista. Aún no se ha verificado lo que yo llamo el contacto. Pero puede aparecer de un momento a otro.

Ulloa. – Vamos a concretar, señores: Roberto, o Fu-Lo-Sang, llamémosle así, siente por mí y por sus hermanos una perfecta indiferencia rayana en el desprecio. Eva es el colmo de la frivolidad. Yo, como padre, y siendo ella más joven, la hubiera encerrado en un reformatorio.

Robertson. – Creo que exagera, señor Ulloa.

Ulloa. – Se pasa la noche en locales poco recomendables. Y, Dios me perdone... Pero lo que entendemos en España por... ¡Oh, me cuesta trabajo decirlo!

Robertson. – En esto creo que se equivoca. Tenga usted en cuenta que en Estados Unidos (al fin y al cabo la moral es una cuestión de geografía) la mujer coquetea con sus besos como una española con su abanico. Yo me atrevo a asegurarle...

Ulloa. – Le agradezco el esfuerzo que hace por consolarme. Pero hay indicios, casi pruebas... en fin, esta situación no puede prolongarse. Todos me desprecian, y sospecho además que mi hijo el mayor... No puedo dormir. He venido a sufrir y a purgar mis pecados en esta edad en que el hombre necesita el consuelo de los suyos. ¡Mía ha sido la culpa!

Wikelman. – Hace unos días estas cuestiones hubieran dejado en mí una huella profunda. Pero aparte de su dolor, que comparto, el problema en sí cada día que pasa va perdiendo para mí el interés que antes tenía. ¿Qué tiene España?, me pregunto. ¿Qué fuerza disipadora del sentido de la abstracción? ¿Por qué he perdido el interés por cosas que antes me parecían la meta del hombre, y en cambio me encuentro más en contacto con la vida y la Humanidad, y siento el placer de dar una limosna, y el de beber unas copas de este vino brujo? No quisiera dar la razón completa al doctor Robertson, pero

confieso que puede apuntarse unos tantos a su favor. Y ahora ruego al anfitrión que ordene traer una botellita de esa maravillosa manzanilla.

(Ulloa hace ademán de tocar el timbre)

Robertson. – *(Atajándole)* ¡Un momento! Quería revelarle un descubrimiento sensacional.

Ulloa. – ¿Más sensacionalismo?

Robertson. – ¿Recuerda usted, profesor, el caso de la irlandesa Emily O'Shanahan?

Ulloa. – *(Recordando)* ¿O'Shanahan, O'Shanahan? ¿No fue un caso curioso de pérdida de memoria?

Robertson. – Efectivamente. Pues bien, ¿ha podido usted observar alguna vez a su ama de llaves sin esos lentes negros que lleva permanentemente?

Ulloa. – La verdad... No puedo precisar en estos momentos, pero creo que no. No; no puedo suponerme la sin sus eternos lentes. *(Se levanta bruscamente mostrando una gran excitación)* ¿Pero qué quiere usted insinuar? ¡Conteste! ¿Qué pensamiento diabólico...?

Wikelman. – ¿Esperaba usted pensamientos angélicos del doctor Robertson?

Robertson. – Hace un momento he hecho un llamamiento a su serenidad. Podemos pedir esa botella confortadora, y me permitirá usted que haga algunas preguntas a doña Carmen.

Ulloa. – (*Tocando el timbre*) Está bien. No sé donde va usted a parar... (*Entra doña Carmen*) Doña Carmen, ¿quiere usted traernos una botella de...?

Wikelman. – Doña Carmen sabe ya mi marca predilecta.

Doña Carmen. – En seguida, señor. (*Se va*)

Robertson. – El suicidio de miss Emily fue una imprevisión de los médicos. No pueden condensarse veinte años en un segundo. La caldera humana no resiste sino un número determinado de atmósferas. (*Adopta un tono de misterio, monótono e impersonal*) Veo un tren largo, muy largo. Un frío profesor viaja con su esposa y sus hijos. Sobreviene una catástrofe. Aparentemente muere en ella la esposa del frío profesor.

Wikelman. – Su satanismo es irremediable.

Ulloa. – ¿Qué pretende?

Robertson. – Unos campesinos encuentran flotando en el río un cuerpo mutilado; llenos de superstición, lo ocultan. Cuidan aquellos despojos humanos, y el cadáver aparente vuelve a la vida. Aprende lo necesario y es atraída por una fuerza al parecer inexplicable a la casa del doctor Ulloa, cumpliendo la ley del retorno.

Ulloa. – Estoy lleno de confusiones. Le ruego, doctor Robertson, que tenga un poco de piedad. Me plantea una nueva complicación en mi vida atormentada. Me enerva usted. Plantea algo que no es imposible, pero sí muy poco probable. Cierto que un

hombre joven pudo saltar del tren y salvar la vida. Pero no se sabe de ninguna otra persona que escapara de aquel horror. Por otra parte, los campesinos de la zona no están tan atrasados como para acoger en su casa, y menos por motivo supersticiosos, a una persona enferma sin comunicarlo a las autoridades. Usted muchas veces teoriza sin base experimental. Usted hizo unos estudios sociológicos en los cuales halagó la vanidad de la clase empresarial de su país, y de ahí le ha venido un prestigio adicional que es más bien producto de la propaganda de los ricos que de su rigor intelectual. No obstante, he de confesarle algo que hasta ahora había ocultado cuidadosamente. Mi hijo mayor, Enrique, fue habido con mi primera mujer. Contraje segundas nupcias con María, que sucumbió... ¡Oh, me llena usted de duda! Una persona que ha muerto hace veinte años bien muerta está... *(Se queda pensativo, con la mirada perdida)*

Robertson. – Perdón. Decía usted que Enrique no es hijo de su segunda mujer, la que usted supone... *(Duda)*

Ulloa. – Está bien, profesor. La que yo supongo, si usted se empeña, ¡resucitada! Pues con la resucitada tuve mis dos hijos menores, Eva y Roberto. Ya lo sabe usted todo.

Robertson. – Casi todo.

(Entra doña Carmen y deposita la botella encima de la mesa. Reina un silencio profundo)

Doña Carmen. – ¿Desean algo más?

Ulloa. – Doña Carmen, deseáramos que se sentara un momento. El profesor (*Señala a Robertson*) quería hacerle unas preguntas.

Doña Carmen. – (*Haciendo un gesto de extrañeza*) Pues ya me siento. (*Toma asiento*)

Ulloa. – He observado que lleva usted siempre sus gafas ahumadas.

Doña Carmen. – Es extraño que con el tiempo que llevo en esta casa no se haya dado cuenta hasta ahora. Tengo unas cicatrices.

Robertson. – ¿Y no recuerda el accidente que se las produjo?

Doña Carmen. – No, no lo recuerdo.

Robertson. – (*Adoptando un tono misterioso*) Veo un tren largo, muy largo, un puente destrozado...

Ulloa. – (*Se levanta colérico*) ¡Basta, basta!

Doña Carmen. – (*Se levanta muy nerviosa*) ¡Oh, no me hablen de trenes! Se lo suplico. Me ponen nerviosa. (*Tapándose los oídos*) ¡Ese ruido monstruoso! ¡Ese chirrido!

Robertson. – Por favor, siéntese. (*Ésta se sienta*) Y ahora prosiga, doña Carmen, prosiga.

Ulloa. – (*Se sienta. Muy amable*) Tranquilícese, doña Carmen. Todos estamos un poco locos.

Doña Carmen. – Hace días que vengo observando que suceden cosas extrañas, pero yo les ruego que me dejen tranquila. Odio los trenes, los odio. No sé por qué. Me gusta esta casa, lejos de las estacio-

nes, donde no llega a mis oídos ese ruido horripilante.

Ulloa. – Tenga usted la seguridad de que no se volverá a hablar de ello en esta casa. Yo odio también a esas máquinas infernales. *(Se levanta)* ¿Me permite por una sola vez que la observe sin sus gafas ahumadas? *(Se dirige a doña Carmen, la cual se ha quitado las gafas. Pausa impresionante, en la que no se oye ni el más mínimo ruido)*

Doña Carmen. – Son unas cicatrices muy feas.

(Ulloa se queda durante breves momentos contemplando a doña Carmen con emoción)

Ulloa. – Gracias, doña Carmen, y perdone estas chifladuras a un viejo un poco dislocado. La estamos molestando, pero ya le advertí hace algún tiempo que no le diera importancia si observaba algún que otro desatino. Y para terminar, dígame, ¿qué impresión le produjo cuando me vio por primera vez?

Doña Carmen. – ¿He de contestar con sinceridad?

Ulloa. – Naturalmente.

Doña Carmen. – Pues... no fue muy agradable. Luego he ido cambiando de opinión, y por eso me he quedado a su servicio.

Robertson. – Veo un puente destruido...

Doña Carmen. – *(Levantándose)* ¡Caramba! Habla usted como si estuviera contando una película de terror. Ahora empiezo a creer que están ustedes locos. *(Intenta irse)*

Robertson. – Perdone, señora. Un momento, por favor. ¿Qué opinión le merece miss Eva?

Doña Carmen. – ¿Miss Eva? Si hubiera sido hija mía le hubiera dado muchos azotes. Se han empeñado en que lo soltara y lo solté. Y como supongo que van a preguntarme qué opino de los demás, les voy a ahorrar el interrogatorio. El señorito Fu-Lo-Sang me produce una sensación extraña, y quiero explicarla. Un día de invierno salimos a la calle. Tenemos las manos muy frías y pensamos: “Mis manos no pueden estar más heladas”. De pronto nos encontramos con alguien que nos estrecha con las suyas, más heladas aún que las nuestras. Al sentir el contacto, notamos extrañados que nuestras manos están casi calientes. Pues después que he tratado al señorito, creo que tengo un alma ardiente y un corazón lleno de pasiones y sentimientos. El señorito no es frío; es glacial.

Ulloa. – ¿Y don Enrique? Le parecerá seguramente un tonto.

Robertson. – Un bala perdida.

Wikelman. – Un calavera.

Ulloa. – Un fanfarrón.

Doña Carmen. – Me duele que hablen así del señorito Enrique. Es un muchacho excelente, sano; me da bromas muy cariñosas, sentiré pena cuando se vaya de esta casa. Sería feliz si hubiera tenido un hijo como el señorito Enrique.

Wikelman. – (*Sirviéndose una copa*) ¡Bah! Vale más una copa de vino que ciertos libracos.

Ulloa. – Bien, doña Carmen. Mire, la limpiadora que le ayuda a usted trabaja pocas horas. ¿Por qué no consigue otra para las tardes o una cocinera que le aligere el trabajo? Usted no debe de trabajar tanto. Deseo que sea usted como un miembro más de la familia.

Doña Carmen. – De ninguna manera. Mi trabajo no es agobiador. Agradezco su buena intención. Pero siento un gran placer en ganarme el sustento cumpliendo con mis obligaciones. Y ahora, permítame que me retire.

Ulloa. – Yo la acompañaré.

Doña Carmen. – Está bien. De aquí en adelante no pienso devanarme los sesos en explicarme estas cosas extrañas.

(*Se van doña Carmen y el profesor Ulloa*)

Robertson. – Y bien, profesor, ¿tiene usted alguna duda?

Wikelman. – ¿Sobre que doña Carmen es doña María, la esposa en segundas nupcias del profesor Ulloa? Pues le diré, profesor (*Adopta un tono irónico imitando a Robertson*) Reconozco que es usted un hombre sagaz: Pero sus averiguaciones son infantiles comparadas con las mías. Si estuviera usted de pie le aconsejaría que se sentara para que no cayera redondo al suelo. Pero como está usted sentado, le pido simplemente que se afiance bien en el asiento.

Pongo en su conocimiento que no he ingerido sino unas copas de vino, y no es cosa que me haga perder la cabeza.

Robertson. – Siga, mister Wikelman.

Wikelman. – Ha de saber usted que doña Carmen y miss Eva son madre e hija, pero no como usted se lo supone. Eva es la madre de doña Carmen. El chino es el padre del señor Ulloa, y Enrique es el padre de Eva, y por este simple hecho es el abuelo del ama de llaves. Y nosotros, usted y yo, somos primos. Unos primos. ¿Qué tal?

Robertson. – Reconozco, profesor, que es usted un pozo de ciencia. Pero ni abusando del Jerez podrá usted adquirir el don del humorismo. Parece usted un niño blandiendo una espada de cartón. El humorismo es un estilete o una cerbatana. Estas dos armas no entonan con su vieja levita de profesor muniqué. Confiese que la experiencia le ha fallado. (*Wikelman se desconcierta visiblemente*) Yo también tengo que rectificar muchas cosas. ¿Recuerda usted aquel estúpido capítulo en que teorizo sobre el amor? (*Con dulzura*) Seamos amigos, Wikelman. Los únicos seres verdaderamente humanos de esta casa no somos precisamente los profesores. Los tres somos víctimas de nuestros estudios y de nuestra vanidad. La ciencia no lo resuelve todo. El señor Ulloa sufre por sus hijos, que ni lo comprenden ni le estiman siquiera. Usted ha encontrado en esta tierra un nuevo sol, y en ese vino brujo una nueva ilusión que le rejuvenece y

le ha hecho descubrir un nuevo mundo. Usted puede gritar como Colón: ¡Tierra, tierra!, y yo debería gritar: ¡Amor, amor!

(Entra Eva inesperadamente)

Eva. – ¿Pero qué oigo? ¡Qué palabras tan bonitas en los labios de un profesor! *(Va hacia la biblioteca)*

(Se levanta Wikelman y estrecha cordialmente la mano de Robertson)

Wikelman. – *(Por lo bajo)* ¡Tierra, vino, sol!

Robertson. – ¡Amor!

(Se va Wikelman)

Eva. – *(Volviendo rápidamente)* ¿Se fue el señor Wikelman? He pasado una tarde deliciosa en el Parque del Retiro, remando en una cáscara de nuez. He conocido a un joven argentino que remaba deliciosamente. Estaba encantado con el ocre pálido. A mí desde luego es el color que más me gusta. Tiene además un sabor tan suave, tan...

Robertson. – Hoy he oído una bella copla española. Admiro dos cosas en este mundo: el cancionero español y los proverbios chinos.

Eva. – ¿Puedo conocer esa copla?

Robertson. – ¿Con qué te lavas la cara
que siempre tan linda está?
Me lavo con agua clara
y Dios pone lo demás.

Eva. – ¡Es hermosa!

Robertson. – ¿Nada más?

Eva. – Y aleccionadora.

Robertson. – Miss Eva...

Eva. – ¿Qué? Hable.

Robertson. – Quería decirle algo, pero francamente... no sé...

Eva. – ¿Un terrible secreto?

Robertson. – Es una pena que pueda hablar uno en público, que pueda convencer a personas cultas e inteligentes de cosas que ni uno mismo cree del todo en ellas. Que pueda desarmar con mis teorías a sabios profesores, y que ante una cosa sencilla, tan sencilla, se sienta uno como un colegial. Que no sepa expresar un sentimiento, el más sencillo de todos, el más elemental.

Eva. – ¿Tendré que ayudarle, profesor?

Robertson. – Miss Eva, todos hemos cambiado en esta casa. Es una lástima que sea usted tan frívola... tan voluble...

Eva. – No siga. Usted está enamorado.

Robertson. – ¿Enamorado? Una palabra que siempre me ha hecho reír.

Eva. – ¿Y le hace reír aún, profesor?

Robertson. – Ahora me hace solamente sonreír.

Eva. – Somos buenos amigos. Sincérese conmigo. Tal vez pueda enseñarle ese lenguaje, que será muy difícil para un sabio profesor, pero que es muy fácil para una mujer ignorante. Alguna vez tenía usted que aprender algo de mí. ¿Por qué no me dice el nombre de la que le roba el sueño? Nada cuesta pro-

nunciar un nombre. (*Con picardía*) Además, hay nombres de mujer tan cortos, tan breves. (*Lentamente*) Los hay apenas de tres letras.

Robertson. – No puedo pronunciar su nombre delante de usted. Pero le mostraré un retrato de ella que llevo en mi bolsillo.

Eva. – (*Desconcertada*) ¿Un retrato de ella que lleva en el bolsillo?

Robertson. – Sí. (*Saca un cartón cuadrado, se lo entrega a Eva y hace un mutis lentamente*)

Eva. – (*Mira el cartón, llena de estupor. De pronto lanza una carcajada*) Pero ¡qué distraídos son estos profesores! Doctor, que se ha equivocado usted, y en lugar del retrato me ha dado su espejo de bolsillo.

Robertson. – (*Desapareciendo*) Sí, los profesores somos seres muy distraídos. Pero mire bien ese retrato y verá lo hermosa que es mi amada.

(*Eva se mira en el espejo, deja escapar un hondo suspiro y luego oprime el espejo contra su pecho*)

(*Entra Enrique impetuosamente en la casa y saluda en el vestíbulo a Robertson, que se va*)

Enrique. – (*En el vestíbulo, es decir, fuera del escenario*) Se le saluda, doctor. Parece que está usted un poco taciturno. (*Entra en el salón, es decir, en escena*) Buenas tardes, Eva. ¿Qué tiene en la mano? Como si lo viera. El eterno espejito para contemplarse y pintarse su graciosa boquita.

Eva. – Nada de eso. ¿A que no lo adivina? Se trata nada menos que de la prometida del doctor Robertson.

Enrique. – Déjese de bromas. Robertson no se casará sino con algún jeroglífico egipcio o con una hipotenusa sulfhídrica o con alguna sandez por el estilo. El otro, ya se ha prometido con el Valdepeñas; en cuanto al chinito, no le interesa más que el Museo del Prado. Dice que hay algunos flamencos maravillosos. ¡Qué ignorancia! Mire que ir a un museo en busca de flamencos, cuando hay tantos bares por toda la ciudad en los que se canta flamenco. Comprenderá usted que el único normal en esta casa soy yo. Ya sé que se burla usted de mí. Soy impulsivo y suelto las cosas como las pienso. Pero creo que usted terminará... En fin, conozco a las mujeres y sé que está usted disimulando. Pero dígame la verdad.

Eva. – ¿Qué verdad?

Enrique. – Vengo hecho un Oteló. La he visto esta tarde remando con un gomoso de la Pampa. Lo conozco. Se pasa la vida en los cabarés. Tenga en cuenta que los mejicanos somos... ¡Bueno! Que estuve a punto de darle un chapuzón y una trompada.

Eva. – ¿Con qué derecho? Es un joven bien educado y amable. No puedo permitirle que se entrometa usted en mi vida privada. Se está pasando de la raya.

Enrique. – Tiene razón, Eva. Tengo que refrenarme. Esta casa me pone nervioso. Tendré que

hacerme un alma de chino y tomar cuanto antes el primer tren que salga para cualquier parte.

Eva. – No tanto. Pero reconozca que a veces se excede.

Enrique. – Sí, Eva. Lo reconozco. Pero es que se me ha metido usted muy adentro. Ya puede reírse. Puede no creerlo, pero es así. No sabría que dar por un... Ya está. Lo diré. Por un solo beso suyo daría mi Esmeralda. (*Se echa la mano al nudo de la corbata*) Mi Esmeralda es el mejor caballo de mi rancho. Pero eso es poco. Todo es poco. Sería capaz de ofrecerle hasta mi rancho, y aún me parece poco... Me ha enloquecido.

Eva. – Pero si yo le doy un beso sin pedir nada a cambio. Si no es más que eso...

Enrique. – ¿Usted, Eva? ¿Sería capaz? ¿A mí? ¡Repítalo! ¿Un beso, y con él una esperanza de que más adelante...?

Eva. – Yo no he dicho eso. Le he dicho que un beso. Uno sólo, pero con tres condiciones.

Enrique. – ¡Oh! Un año entero sin ir a los toros. Tres meses sin beber. Seis sin fumar. Todas las condiciones que usted me imponga.

Eva. – Si no tiene que hacer ningún sacrificio. Primera condición: Le besaré, pero en la mejilla solamente

Enrique. – Nada más que en la mejilla.

Eva. – Nada más. Segunda condición: Se marchará usted inmediatamente. Quiero estar unos momentos sola. ¿Estamos?

Enrique. – (*Titubea*) Estamos.

Eva. – Y tercera: Mentalícese que usted y yo nos vamos a querer mucho. Pero como hermanos. Usted y yo no podríamos funcionar como matrimonio, porque usted es un Don Juan y yo soy una mujer de mucho carácter. Y acabaríamos mal. Así que no sea tonto, y acepte mi amor fraternal, que es más tranquilo y duradero que el otro. (*Eva se acerca y le da silenciosamente un beso en la mejilla*)

Enrique. – (*Se queda embobado*) ¡Oh!, mi religión me obliga a mostrar humildemente la otra mejilla. (*Se la muestra*)

Eva. – Pues un beso en la otra mejilla. (*Se lo da*)
(*En el preciso momento del beso aparece Ulloa por el fondo. Se queda parado en seco, pasmado. Se descomponen su rostro y se va sin ser visto*)

Eva. – Y ahora, Enrique, cumpla su palabra. Difumínese, difuminación fulminante.

Enrique. – Sí, me iré. (*Se acaricia la mejilla*)
¡Qué dulzura, qué tibieza! (*Sale muy despacio*)

Eva. – Es un chiquillo grande. (*Dando un suspiro*) Bueno, y ahora a lo mío. Ya no aguanto más. Se está poniendo todo insostenible. Un día más y se echa todo a rodar. (*Se dirige a la biblioteca. Roza con un dedo los lomos de la obra completa de Robertson*) ¡Robertson, Robertson, Robertson, Robert-

son! Me parece que el quinto tomo va a ser un diablillo rubio. (*Entra Ulloa muy serio*) ¡Ah, es usted? (*Ulloa se sienta sin contestar*) ¿Le pasa a usted algo? ¿Se siente enfermo?

Ulloa. – No; no es precisamente enfermo. Siento mi vida vacía. Había ideado todo esto para entreteñer mi hastío. Pero no me ha dado resultado.

Eva. – Pues yo lo encuentro muy divertido.

Ulloa. – (*Enérgico*) Usted encuentra divertido todo. Hasta la desgracia del prójimo. En toda tragedia hay siempre algún elemento cómico.

Eva. – Creo que se equivoca. ¿Le hemos tratado mal? ¿Tiene usted alguna queja de mí?

Ulloa. – Varias, muchas quejas. He de hablarle claro. ¡Si usted supiera!

Eva. – ¿Algún terrible secreto? Tal vez tenga que revelarles yo otro, señor Ulloa. ¿No estará usted contaminado de cierta enfermedad que ha entrado en esta casa hace algunos días?

Ulloa. – (*Colérico*) ¿Qué enfermedad?

Eva. – Sí. Quedan por declararme el amor el chinito y...

Ulloa. – ¿Y quién? ¡Dígame!

Eva. – No se enfade. ¿Qué tendría de particular?

Ulloa. – (*Levantándose*) ¡Basta, basta! Es usted el colmo de la frivolidad. Coquetea con todo el mundo. Le han dado una educación lamentable.

Eva. – (*Muy seria*) Permítame, señor. ¿Me cree usted tan mala, tan deleznable, tan, tan...? Sí, díga-

melo. Dígalo de una vez. Se asoma en sus ojos el insulto. Lo presiento.

Ulloa. – (*Desalentado*) ¡Oh!, ya no sé lo que me digo.

Eva. – Pues yo sí. Ya no aguanto más. Va usted a saber...

Ulloa. – (*Más suave*) No se disculpe, miss Eva. Juega usted al amor con Robertson, con todos. Se burla usted de un hombre que es un sabio en su ciencia. Pero un ignorante en el arte del que es usted maestra. Y luego... se besa usted con Enrique. Lo he visto sin querer.

Eva. – No podría ocultar ni un minuto más lo que hace días vengo callando. Escúcheme, señor Ulloa. He besado a Robertson como besa una mujer a un hombre, porque creo amarle. No hemos tenido coloquios amorosos. No los necesitamos. Los dos somos fuertes, y el sentimiento que nos une se parece más a una guerra que a un apretón de manos. Su fuerte personalidad me sedujo desde los primeros momentos, y creo que él, a su manera, me ama también. Ése va a ser un hecho experimental, y no el único, que va quedar en pie entre estas cuatro paredes.

Ulloa. – ¿A dónde va usted a parar?

Eva. – Pronto va usted a saberlo. He besado a Enrique, pero en la mejilla, entiéndalo bien, en la mejilla.

Ulloa. – (*Con voz atragantada*) ¿En la mejilla?

Eva. – Sí. Me habían robado desde niña esta emoción, y quería saber lo que era besar a un hermano. Y en cuanto a mi supuesta frivolidad, sepa que si usted puede experimentar con seres humanos, yo también. Quería saber cómo reaccionaría usted ante un mal comportamiento mío. Y mi experimento ha resultado un éxito. Usted ha reaccionado como yo preveía, es decir, como un padre. (*Camina muy digna, pasa por delante de Ulloa sin mirarle y hace mutis*)

Ulloa. – (*Se queda como paralizado. Reacciona y sale corriendo detrás de Eva*) ¿Pero tú sabías?
¡Eva, Eva, hija, mi hija!

FIN DEL SEGUNDO ACTO

Tercer Acto

Conclusiones y dudas

(La misma decoración. Robertson, sentado en un sillón, fuma un puro; ante él, una copa. Ulloa, de pie ante la biblioteca)

Ulloa. – *(Buscando en la biblioteca)* ¿Pero dónde habrá metido esta diablilla el tomo de Mark Twain?

Robertson. – ¿Pero lee usted ahora a Mark Twain?

Ulloa. – Sí. Me entretiene extraordinariamente. Tiene mucha gracia. Terminaré leyendo novelitas rosa. *(Entra Eva)*

Eva. – Hola, papá. Hola, doctor honoris causa

Ulloa. – *(Cogiéndola por un brazo)* Vamos a ver. ¿Dónde me has puesto el libro de Mark Twain?

Eva. – Te juro, papá...

Robertson. – Vaya, vaya, querido Ulloa. Le confieso que lo tengo encima de la mesa de noche.

Ulloa. – Pero... ¿usted también está dedicado a leer...?

Robertson. – Sí. Conviene una temporadita de descanso.

Eva. – *(A Robertson)* ¿Hoy no me dices nada?

Robertson. – Te diré, te diré. Esta mañana me he comprado un libro de piropos en la Puerta del

Sol. 50 céntimos. Ya me he aprendido algunos, pero delante de tu padre no me atrevo.

Ulloa. – (*A Eva*) Oye, Eva. Fíjate un momento. ¿Verdad que represento 40 años?

Eva. – Pero papá. Qué manía te ha entrado de aumentarte la edad.

(*Entra Enrique*)

Enrique. – ¿Se puede compenetrar? Buenos días a toda la concurrencia. Hola, hermanita. Hola, papá. ¿Qué dice el cuñado? (*Tomando la botella*) No creo que vaya usted a resultarnos un segundo Wikelman. Traigo las entradas para la corrida de mañana. Torea un mejicano amigo mío , que va a dar mucho que hablar.

Robertson. – (*A Eva*) ¿Pero no querías tú ir a Aranjuez?

Eva. – Lo dejo a tu gusto.

Ulloa. – Yo, desde lugo, no me pierdo la corrida.

Enrique. – (*A Eva*) ¡Ah! Se me olvidaba. ¿Te acuerdas de aquel argentino?

Eva. – ¿Qué argentino?

Enrique. – Sí, mujer. Aquel argentino, que remaba muy bien...

Eva. – ¡Ah, sí! Ya lo recuerdo.

Enrique. – ¿No te dije que tarde o temprano se iba a llevar su trompada? Pues acabo de dársela.

Eva. – ¿Y por qué motivo?

Enrique. – Eso del motivo... Es que hay hombres que yo no sé lo que les pasa, pero que han nacido para eso.

Ulloa. – No sé lo que habrá pasado, pero me lo imagino. Tienes que moderar tus impulsos, Enrique.

Eva. – Eres un perfecto bárbaro.

Enrique. – Es que estaba en un bar y al entrar me miró. Yo también lo miré, y él me volvió a mirar, y... las cosas que pasan.

Robertson. – Afinidades electivas.

Enrique. – Bueno, eso ya pasó. Además, no ha sido ningún atropello: Era un muchacho fuerte. Tal vez más fuerte que yo. Por cierto, allí estaba Wikelman con unos catadores, discutiendo si el fino gaditano mezclado con no sé qué vino... En fin, que tenía una encima... Lo he traído en un taxi.

(Se oye dentro la voz de Wikelman canturreando)

Wikelman. – Sin novedad, señor baronesa, sin novedad...

Ulloa. – *(Echándose las manos a la cabeza)* La tormenta se avecina.

Eva. – *(Tomando de la mano a Enrique)* Vamos a aprovechar este clarito. Nosotros nos vamos, que tenemos que arreglar las raquetas para mañana. *(Se van. Saludan en el fondo a Wikelman)* ¡Hasta luego, profesor!

Wikelman. – ¡Hola, hola! (*Entra medio borracho*) Sin novedad, señor Ulloa. ¡Sin novedad, genio del nuevo continente!

Robertson. – Profesor, profesor, que empezó usted teniendo una sólida cultura, y va a terminar teniendo una cultura líquida.

Wikelman. – (*Hipando*) Gaseosa, querrá usted decir. (*Repara en la botella, se acerca y la toma*) Éste se puede mezclar. Tengo una erudición vinícola. (*Hipa. Toma la botella y el vaso y se dirige a un rincón apartado*) Tomaré asiento en el sillón de las elucubraciones científicas. (*Se sienta y se sirve una copa*)

Ulloa. – (*Sentándose junto a Robertson*) Bueno, Robertson. Espero que haya meditado sobre lo que hablamos anoche.

Robertson. – Lo he meditado perfectamente, y voy a exponerle mis conclusiones. Al César lo que es del César. Debe usted desechar sus escrúpulos. Su hija Eva se entera por su tutor de la verdad: Del abandono del padre, henchido de amor a la ciencia y absorbido por diabólicas teorías. Intenta varias veces acercarse a él, pero su orgullo se lo impide. Llega la hora de la experiencia y entonces... Sería muy duro emplear la palabra venganza... Ya sabe usted que Eva posee un corazón de oro. Ella ha querido simplemente dar a su padre una lección. Se disfraza de mujer frívola, coquetea con todo el mundo e inventa cosas absurdas para mortificarle. Confiése

usted que al lado de lo suyo, lo de ella ha sido una nimiedad. ¿Estamos de acuerdo?

Ulloa. – Sí, Robertson. Estamos de acuerdo. Tuve mis dudas. Hubo momentos en que creí que había sido burlado. He recapacitado y ya no me resta ningún escrúpulo. Soy casi feliz. Lo podía ser enteramente si no fuera por...

Robertson. – Lo comprendo. Eso tal vez no tenga remedio.

Ulloa. – Se refiere usted a...

Robertson. – A su hijo menor. No le habrá usted revelado...

Ulloa. – No. No sabe nada. Tal vez sospeche...

Robertson. – Creo que hace usted bien. Ese hijo es el precio de la experiencia. Algo caro, pero todas las cosas hay que pagarlas y más aún las extraordinarias. Roberto es Fu-Lo-Sang. Será muy difícil que Fu-Lo-Sang llegue algún día a convertirse en Roberto. He conocido misioneros franceses que han estado en China treinta años. Han regresado con los pómulos salientes, los ojos oblicuos y un alma oriental. La religión, el alimento, el medio, e influencias que aún la ciencia no ha puesto en claro han hecho posible esa transformación. El Asia, y particularmente el país al que hacemos referencia, produce un ser vengativo. Déjelo usted ir, señor Ulloa. Se lo aconsejo.

Fu-Lo-Sang. – *(Desde el fondo, y con gran frialdad)* Con el permiso.

Ulloa. – Adelante, señor Fu-Lo-Sang.

Fu-Lo-Sang. – Acabo de despedirme de miss Eva y de don Enrique. Miss Eva ha llorado. No comprendo en tan poco tiempo este sentimentalismo. En Asia, en mi país y en el Japón, no puede esto comprenderse. Sobre todo en el Japón y en varias regiones chinas, cuando se muere un ser querido se reciben las visitas con la risa en los labios, para ocultar los sentimientos.

Ulloa. – ¿Pero de veras se va usted, nos abandona?

Fu-Lo-Sang. – Ya se lo he dicho. Vengo a despedirme. Mi equipaje ya está en el vestíbulo. *(Se acerca y estrecha la mano de Ulloa)* Muchas gracias por su invitación. Me llevo un magnífico recuerdo del Museo del Prado.

Ulloa. – ¿Del Museo del Prado?

Fu-Lo-Sang. – ¿Le extraña? Es uno de los mejores museos del mundo. *(Va hacia Robertson)* Señor Robertson, le felicito una vez más por sus ingeniosas teorías sobre el amor.

Robertson. – Gracias. Buen viaje.

(Fu-Lo-Sang se dirige hacia Wikelman, pero al verlo da media vuelta y se dirige hacia la puerta de salida)

Fu-Lo-Sang. – El doctor Wikelman no hubiera durado mucho tiempo en mi país. Hubiera sucumbido en un fumadero de opio. *(Hace una profunda reverencia)*

Ulloa. – Escuche, señor Fu-Lo-Sang. Pase lo que pase y aunque se sucedan los meses y los años, sepa usted que esta casa estará siempre abierta para usted. ¿Lo olvidará?

Fu-Lo-Sang. – No. No lo olvidaré. (*Hade una profunda reverencia y se va*)

Robertson. – (*Con alegría*) No se aflija, señor Ulloa. Levante esa cabeza. No se aflija. He descubierto algo sensacional. Ya me lo sospechaba. Todo no han de ser teorías fallidas. He notado un fluido entre ese hombre y yo. No me equivoco. Le he influenciado. Ya sabe usted que poseo ese don de la influencia a distancia. Me doy cuenta de la menor indecisión. En ese hombre se está operando un cambio. Le añadiré, para que me vaya entendiendo, aquello del cordero y la piel del lobo.

Ulloa. – ¿Pero qué dice, Robertson? Es la piel del cordero...

Robertson. – Equivoqué los términos a propósito. Lo hice por saber si estaba usted atendiendo. Ya veo que ha reaccionado. Quedamos entonces en que el lobo se pone la piel del cordero.

Ulloa. – No tengo ningún motivo para creerlo.

Robertson. – Pues yo sí. Y hablemos ahora de lo otro. Pues de esto solamente el tiempo puede darme la razón.

Ulloa. – ¡El tiempo es tan largo!

Robertson. – El tiempo no es largo ni corto. Mil años y diez minutos lo mismo dan.

Ulloa. – ¡Diez minutos!

Robertson. – Le quería hablar de doña Carmen.

Ulloa. – Sí, es verdad. ¿Qué conclusiones ha sacado?

Robertson. – He agotado todos los recursos que la ciencia posee para estos casos. Y... no tiene remedio. Su esposa no recobrará la memoria jamás. Si hubiera algún procedimiento heroico para ello, sería fatal. Pues perdería en cambio la razón.

Ulloa. – Ya lo había previsto.

Robertson. – Efectivamente.

Ulloa. – Nadie, excepto usted y yo, conocerán ese secreto.

Robertson. – (*Mirando a Wikelman*) Hay un pequeño peligro.

Ulloa. – No se preocupe. El doctor Wikelman saldrá embalsamado en manzanilla en el primer pullman que salga para Munich.

Robertson. – Es lo más prudente. Voy a traerle el libro que le hurté esta mañana, y tenga confianza en todo lo que acabo de decirle.

Ulloa. – Me conforta usted, Robertson. Gracias, muchas gracias.

(*Se va Robertson. Ulloa se para ante Wikelman, que está medio dormido, amagándole con el índice*)

Ulloa. – Sí amigo Wikelman. Se irá usted en el primer pullman.

Wikelman. – (*Despertando*) ¿Pullman, Pullman?
¡Ah, sí! Era un gran profesor; sabía mucho; sabía
mucho ese Pullman. (*Se ríe como un idiota*)

(*Se oyen fuertes golpes en la puerta del fondo. El
sirviente entra impetuosamente en el salón*)

Manuel, el sirviente. – ¡Don Rodrigo, don
Rodrigo! Un desconocido pretende entrar a viva
fuerza. Me he resistido, pero ha sido inútil.

Ulloa. – ¿Quién es, qué pretende?

Desconocido. – (*Entrando como un bólido*) ¡Le
explicaré, señor, le explicaré! No soy ningún
malhechor, créame.

Ulloa. – ¿Qué significa esto? ¿Quién es usted?

Desconocido. – Vuelvo a repetirle que me crea.
No he venido a hacer nada malo. Pero... pero...
desearía... (*Señala a Manuel*)

Ulloa. – Déjanos solos, Manuel. (*Se retira
Manuel muy receloso*) Explíquese. (*El desconocido
repara en Wikelman*) No se preocupe. Diga lo que
tenga que decir.

Desconocido. – Lo haré. Lo diré. Quedará usted
satisfecho. (*Observa la habitación*) Ahora me siento
más tranquilo. Un ambiente de ciencia, de estudio.
Escuche, señor, se me acusa de un crimen.

Ulloa. – ¿Cómo?

Desconocido. – Sí; de un crimen. No se alarme.
Soy inocente. Pero tengo que probarlo. Soy incapaz
de matar una mosca. Hace unos días en Lisboa... No
he sido nunca mujeriego, comprenda. Esto parece

que no tiene que ver con este asunto, pero... tengo que decir que estaba en un café bar, de casualidad, porque tampoco soy amante de perder mi tiempo en esos sitios.

Ulloa. – ¿Y qué tengo yo que ver con esa historia?

Desconocido. – Perdone, señor. ¿Y si yo le dijera que puede usted salvarme? ¿Me oiría usted dos minutos... uno solo tan siquiera?

Ulloa. – ¿De qué puedo yo salvarle? No soy abogado, ni juez, ni de la policía.

(Entra Robertson muy decidido con un libro en la mano y silbando. Se queda parado en seco al ver al desconocido. Hace ademán de retirarse)

Robertson. – Perdonen. Creía que estaba usted solo.

Ulloa. – Un momento. *(Al desconocido)* El señor es de toda confianza. Puede usted continuar su relato, y le ruego que termine cuanto antes.

Robertson. – *(Mirando fijamente al desconocido)* A usted le he visto no hace mucho tiempo en... *(Recordando)* En Lisboa.

Desconocido. – *(Sentándose con desaliento)* ¡Oh, me persiguen! ¡Todos me persiguen! Pero les juro que soy inocente.

Robertson. – ¡Espere, espere! Ante todo, sepa usted que yo no persigo a nadie.

Ulloa. – (*A Robertson*) Si es verdad que le ha visto usted en Lisboa, este hombre no ha mentido. Ha dicho la verdad.

Desconocido. – Y continuaré diciéndola.

Robertson. – (*Se acerca al desconocido y lo mira con fijeza*) Ya sé. Lo he visto sentado en un café, y seguramente esperando a alguien que tardaba.

Desconocido. – Sí, sí. Así es; esperaba a una joven extranjera.

Robertson. – Me doy cuenta enseguida de la ansiedad de quien espera.

Desconocido. – Hacía ya un cuarto de hora que estaba hablando por teléfono. Me refiero a la joven.

Robertson. – ¿Qué le parece, señor Ulloa? Me basta ver a una persona una sola vez. Cuando paso por una ciudad desconocida, me fijo en varias personas al azar. Ya pueden pasar los años. Ya pueden cambiar los rostros. En cualquier punto del globo terráqueo donde vuelva a encontrarla, la reconoceré.

Ulloa. – Ya sé que tiene usted condiciones para la magia negra.

Desconocido. – Déjenme que continúe. Quiero contarles este capítulo de mi vida, porque estoy seguro de que me creerán y me prestarán su apoyo. De diez a doce de la noche, cuando estaba en compañía de esa joven extranjera, se cometió un crimen en la habitación contigua a la mía. Yo vivía en el Hotel Bristol de Lisboa. Se han hecho cargos muy comprometedores contra mí. El criminal supo muy bien

preparar la coartada, y acumular indicios que me acusan. El único testigo que puede dar fe de donde me encontraba entre las diez y las doce de la noche del crimen es esa joven extranjera. No sé quien es. Se llama Mary. La encontré paseando en un jardín público. Tomé asiento en el banco en donde ella estaba y me pidió lumbre. ¡Qué bonito es una mujer! Confieso que me sedujo su mirada y toda su persona. Soy algo tímido. Pero ella inició una conversación agradable. Me hizo algunas preguntas. Total: que nos fuimos a un café, luego a un bar y luego a un cine. Pasé unas horas muy agradables. Nos citamos al día siguiente... pero no la he vuelto a ver. Se me acusa de ese crimen. Fui avisado por un amigo. Logré huir. No debí hacerlo, pero es que tenía un miedo espantoso. (*Excitándose*) Toda mi vida ha sido un constante miedo. Un huir del peligro, tal vez imaginario; pero que en mí es una realidad. Manía persecutoria, han dicho los médicos. ¡No! No podría resistir los interrogatorios. Huiré siempre, siempre.

Ulloa. – Cállese. ¿Y qué relación tiene todo esto con que usted se haya introducido en esta casa?

Desconocido. – Quisiera explicármelo...

Robertson. – Yo lo haré. (*Mirando fijamente al desconocido con ademán sugestionador*) Cuando lo vi en el café en Lisboa usted llevaba un traje gris.

Desconocido. – Sí.

Robertson. – Un chaleco marrón de punto.

Desconocido. – Sí.

Robertson. – Usted fue el que asesinó a la víctima.

Desconocido. – Sí.

Ulloa. – ¿Eh?

Desconocido. – ¿Qué he dicho?

Robertson. – (*Con voz tranquila*) No. Usted no ha asesinado a nadie. (*A Ulloa*) ¿Se da usted cuenta del automatismo?

Ulloa. – Me he dado cuenta perfecta. Ahora, que ha sido provocado...

Robertson. – Naturalmente. He tenido ocasión de estudiar varios casos parecidos. El criminal responde siempre maquinalmente a todas las preguntas de una forma afirmativa; menos cuando se le acusa. Entonces cesa el automatismo, reacciona y niega.

Desconocido. – Me daba el corazón que me creerían.

Robertson. – Pero falta algo esencial en su relato. ¿Por qué se ha introducido usted en esta casa y no en otra cualquiera?

Desconocido. – Pasaba muy nerviosos por esta calle.

Robertson. – Muy nervioso por esta calle.

Desconocido. – Sí, muy nerviosos y por esta calle.

Robertson. – Y al pasar por delante de esta casa...

Desconocido. – Al pasar por delante de esta casa...

Robertson. – Aumentó su nerviosismo.

Desconocido. – Aumentó mi nerviosismo.

Robertson. – Creyó que lo perseguían.

Desconocido. – Creí que me perseguían.

Robertson. – Y se figuró que alguien... que alguien...

Desconocido. – Sí; me figuré que alguien traía unas esposas... me enloquecí... y subí las escaleras, sin saber a donde iba.

Robertson. – ¿Qué tal, profesor? ¿No está claro? ¿Cree usted que vamos a alguna parte porque sí? El pueblo, que es el que posee la verdadera sabiduría, dice en sus proverbios que el mundo es un pañuelo. No, profesor. El mundo es algo más que una sábana; pero hay una fuerza que nos obliga a ir a los sitios donde tenemos algo que hacer; donde se nos va a dar algo, no importa si la desgracia o la felicidad.

Ulloa. – Empiezo a comprenderlo.

Robertson. – Este hombre ha llegado a Madrid, y luego a este barrio, y luego a esta calle...

Ulloa. – Supongo que no irá usted a decir: Y luego a esta casa.

Robertson. – Sí, y luego a esta casa.

(Entra Eva)

Desconocido. – ¡Es ella! Ella.

Eva. – *(Sorprendida)* ¿Pero usted me conoce?

Desconocido. – ¡Cómo! ¿No me recuerda? ¿Será posible?

Eva. – (*Observándolo y echando la carcajada*)
¿Pero es usted? ¿Supongo que no habrá venido por...? Que conste que yo no le he dado pie; que ni siquiera he coqueteado con usted.

Desconocido. – Desde luego, señorita Mary.

Eva. – Eva.

Desconocido. – Me dijo usted que se llamaba Mary.

Eva. – Olvídense de los nombres que se dan entre dos estaciones de ferrocarril.

Robertson. – Casi me he puesto celoso. Hubiera sido estupendo.

Eva. – ¿Entonces puedo estar segura de que no ha venido usted a pedir mi mano ni a raptarme?

(*Robertson toma a Eva de la mano y se aparta con ella del grupo*)

Robertson. – No te preocupes. Te quiero explicar lo ocurrido. (*Hablan aparte, en voz baja*)

Ulloa. – (*Al desconocido*) Aclarado el asunto, puede usted quedarse por esta noche en mi casa. Mañana iremos con mi hija...

Desconocido. – ¿La joven extranjera?

Ulloa. – La misma. Mañana iremos con ella, y todo se arreglará en la comisaría.

Desconocido. – Muchas gracias. Estoy contentísimo; ahora podré terminar tranquilo mi obra. ¡Mi gran obra!

Ulloa. – ¿Es usted artista? ¿Tal vez escritor?

Desconocido. – Me dedico a cuestiones científicas.

(Se acercan Eva y Robertson)

Eva. – Ya estoy al corriente, no se preocupe. ¡Qué extraordinario!

Ulloa. – El señor es escritor y científico.

Wikelman. – ¡Ja, ja, ja! ¡Escritor científico! ¡Ja, ja, ja!

Robertson. – No haga usted caso

Desconocido. – Las emociones me han agotado. Si me lo permiten, me retiro a descansar.

Ulloa. – Cuando usted guste. *(Toca un timbre)*

Desconocido. – ¡Oh! Cómo van a rabiarse ciertos profesores, sobre todo el profesor Robertson.

Ulloa. – ¿Cómo?

Eva. – ¿Ha dicho usted el profesor Robertson?

Desconocido. – Sí. Un monstruo. Está muy lejos de aquí. Pero para los libros no hay distancia.

(Aparece Fu-Lo-Sang en la puerta del fondo. Le aprieta la mano con fuerza a la persona que tiene más cerca, que es Robertson)

Eva. – *(En voz baja y emocionada)* Es Fu-Lo-Sang.

Robertson. – No. Es Roberto.

Ulloa. – ¿Usted, amigo?

Fu-Lo-Sang. – Acabo de enterarme de que la colección del Museo del Prado va a enriquecerse con varios donativos. Se trata de un Botticelli, varios

Grecos, Velázquez y algunos primitivos de gran interés.

Ulloa. – Pero pase usted, amigo, pase.

Fu-Lo-Sang. – Además, hay un día tan perfumado y una luz tan dorada...

Robertson. – El tiempo no es largo ni corto. Mil años y diez minutos, lo mismo dan.

Fu-Lo-Sang. – Es un bello proverbio chino

Ulloa. – (*Le pasa la mano por encima del hombro y lo atrae al centro del salón*) ¿Y no pensó usted al ver este día tan perfumado y esta luz tan dorada que la China está tan lejos... tan lejos...?

Fu-Lo-Sang. – Sí, también lo pensé. ¡Está tan lejos! Mis ancianos padres han muerto. Y si vivieran, me los traería para España, para dedicarme a la profesión de crítico de arte. Y además, si es posible, honorable señor, me gustaría vivir en esta casa, y yo le pagaría mi estancia en ella con el producto de mi trabajo.

Ulloa. – Su presencia en esta casa es el mejor pago que puede darme.

Fu-Lo-Sang. – Estoy emocionado con tanta amabilidad, honorable señor. (*Profundas reverencias*)

Eva. – (*Con gran alegría*) Amigo Fu-Lo-Sang. Me estoy fijando en que tenemos el mismo corte de nariz. Venga usted para acá, por favor.

(Eva y Fu-Lo-Sang hablan muy risueños en voz baja. Robertson sonríe al verlos y luego se acerca al grupo de Ulloa y del desconocido)

Robertson. – Y bien. Usted conocerá a los maestros de su especialidad científica. ¿Se trata de...?

Desconocido. – De cuestiones vinculares. Del poder del instinto en las afinidades del parentesco. Yo me apoyo en las teorías del genial Wikelman. No sé si ustedes lo conocerán.

Wikelman. – ¿Quién me llama? ¿Qué quieren?

Desconocido. – El pobre señor parece que está un poco mareado.

Robertson. – Se equivoca usted. Está completamente borracho.

Desconocido. – Pues ese Wikelman es un verdadero genio. Claro, un cerebro privilegiado. No bebe, *(Wikelman se larga una copa)* no fuma, no toma café. Hace una vida de sacrificio en aras de su ciencia.

Robertson. – ¿Conocerá usted también, creo que se dedica a esa especialidad, a un tal Ulloa, de aquí, de Madrid?

Desconocido. – ¡Ah, sí! Tiene una vasta cultura, ha leído mucho. Pero no calienta asiento.

(Ulloa pega un respingo gracioso y se cambia de asiento)

Robertson. – *(Conteniendo la risa)* ¿Cómo es eso de que no calienta asiento?

Desconocido. – Sí, está estudiando un tema, lo plantea bien, razona bien, y de pronto lo deja a medias, y se va a estudiar otro tema distinto, luego vuelve a él al cabo de un tiempo. Es muy polifacético. Debería abarcar menos temas, pero con más profundidad.

Robertson. – ¿Y cómo va usted a titular su obra?

Desconocido. – (*Enfáticamente*) ¡La voz de la sangre!

(*Aparece doña Carmen*)

Wikelman. – /*Dejando caer la botella vacía al suelo*) ¡Ja, ja, ja! ¡La voz de la sangre!

(*Robertson, con una sonrisa diabólica, se acerca al grupo de Eva y Roberto*)

Ulloa. – Bien, caballero, que pase usted una buena noche. La señora le acompañará a su aposento. (*A doña Carmen*) Haga el favor de acompañarle, doña Carmen. Nos trae una botella de manzanilla para nosotros y... una limonada para el señor.

FIN DE LA COMEDIA

Historia de “Una limonada para el señor”

según los periódicos y
según programas de mano:

Vamos a seguir la historia de esta comedia a través de dos periódicos de Las Palmas de Gran Canaria, y que son: “La Provincia” y “Falange”, y dos de Santa Cruz de Tenerife: “La Tarde” y “El Día”.

Lugo haremos una selección de programas de mano que anunciaron “Una limonada para el señor”.

Historia según "La Provincia"

Sábado, 10 abril 1943, página 7

"Una limonada para el señor"

Ante reducidísimo grupo de profesionales del teatro y admiradores de su obra, Víctor Doreste ha dado lectura a su nueva comedia en tres actos (el primero de los cuales está dividido en dos cuadros), que lleva el título que encabeza estas líneas. Tanto por la trama, sumamente interesante, como por el acierto con que la misma va desarrollándose, la nueva producción del autor de "Ven acá, vino tinto" obtuvo un franco éxito. Atrevida de concepción, cada personaje lleva a la escena atmósfera propia y colabora al desenlace con sólida personalidad; personalidad que, por otra parte, se afianza en los diálogos, trazados con primor en muchos de

sus pasajes.

Por cuanto significa de nueva modalidad en las facetas del autor de "Ven acá, vino tinto", esta intrigante comedia merece sinceramente los plácemes que fueron tributados a su autor por cuantos asistieron a la lectura. "Una limonada para el señor" revela, en efecto, una personalidad de autor teatral que va revelándose con fuerza, lo mismo al tratar el tema típico y asineado de antes como ahora en que sus intenciones han saltado sobre los tópicos de la isla para realizar una comedia que tenemos la esperanza de ver interpretada con el mismo interés en los escenarios peninsulares que en los nuestros.

NOTICARIO TEATRAL

DE LA LOCALIDAD

La Compañía de comedias selectas Aurora Garcia Alonso — contratada para actuar en esta capital con motivo del Centenario del nacimiento del glorioso escritor canario don Benito Pérez Galdós — ha venido realizando una lucida labor artística, estrenando los más recientes éxitos teatrales y poniendo en escena "Amor y Ciencia" y "La de San Quintín", del autor de los "Episodios Nacionales".

Durante los días 19, 20 y 21 del actual actuará dicha Compañía en el teatro Hermanos Millares, del Puerto de la Luz, a petición del público de aquella populosa barriada, volviendo al Pérez Galdós el sábado de la presente semana.

Se nos dice que la citada Compañía, en su nueva presentación en el Pérez Galdós, estrenará la comedia, en tres actos, "Una limonada para el señor", del aplaudido autor local Víctor Doroste, de cuya obra tenemos las más laudatorias referencias.

El estreno de dicha obra es esperado en nuestro público con enorme interés.

Miércoles,
19 mayo 1943,
página 3

EN EL GALDOS

Esta noche se estrena "Una limonada para el señor"

La Compañía de comedias selectas de la notable primera actriz Aurora Garcialonso —que con tan positivo éxito viene actuando en el teatro Pérez Galdós— ofrecerá hoy al público de Las Palmas, en la función de las 10'30 de la noche, un verdadero acontecimiento artístico: el estreno de la comedia, en tres actos, el primero dividido en dos cuadros, "Una limonada para el señor", original del distinguido autor local Víctor Doreste.

Esta obra no está ambientada en el tipismo isleño, como lo fué la muy aplaudida "Ven acá, vino tintillo", del

mismo autor. La nueva producción teatral de Víctor Doreste es de asunto y corte moderno, y tendrá para los espectadores gran interés.

La Compañía de Aurora Garcialonso la ha venido ensayando con todo esmero, lo que permitirá a nuestro público conocer "Una limonada para el señor" a través de una excelente interpretación.

Dicho interesantísimo estreno llevará esta noche al Pérez Galdós una extraordinaria concurrencia, atraída por las simpatías de que entre nosotros goza el buen autor teatral Víctor Doreste.—B.

EN EL GALDÓS

Se estrena con éxito la nueva obra de Víctor Doreste

Con su nueva obra escénica "Una limonada para el señor" ha dado Víctor Doreste, el distinguido escritor irleño, un afortunado avance como autor teatral. Porque "Una limonada para el señor" es obra concebida, desarrollada y plasmada en personajes que responden a una concepción escénica de tono moderno y de nada vulgar planteamiento artístico.

El autor de graciajeo y feliz captador del costumbrismo canario, que en "Ven acá, vino tintillo" tuvo un exponente delicioso y popularísimo, desaparece en "Una limonada para el señor" para dar paso al autor que también tiene muy inteligentes aptitudes para enfrentarse con asuntos de mayor envergadura y desarrollarlos con una notable sintez de procedimientos escénicos.

escénicos.

Las teorías contrapuestas que tres afamados hombres científicos sostienen sobre la voz de la sangre y la fuerza que ésta ejerce aún en los hijos que desde su más tierna edad se ven separados de sus padres, en distintos lugares del Mundo, y que ha de servirles para reconocer a sus progenitores al cabo de muchísimos años, es el tema que Víctor Doreste afronta en su comedia estrenada anoche, con éxito evidente, en el teatro Pérez Galdós por la Compañía de la bella actriz Aprora Gargalónso. A los espectadores que tengan el gusto maleado con tanta bazofia teatral como hoy se estrena en España —con las excepciones consabidas— tal vez ante "Una limonada para el señor" se vean un poco sorprendidos y desconcertados. Pero nuestro público —y en honor a su cultura sea dicho— tuvo anoche la suficiente comprensión para "entrar" de lleno en la obra y reconocer y aplaudir el exponente valioso que se encierra en la mencionada comedia.

mea.

Victor Doreste se ha salido de la vulgaridad corriente en el Teatro. Y por eso su intento de hacer una obra enjundiosa, en torno a un problema de honda complejidad científica y sentimental, lo sitúa entre los autores de juventud que pueden seguir aspirando a mayores éxitos definitivos.

La obra está pulcramente dialogada. Sus personajes son los precisos para el desarrollo de la acción, en la

que hábilmente se entremezclan los rasgos de ingenio y de gracia, que aumentan el interés de la farsa escénica.

Tuvo "Una limonada para el señor" una interpretación bien cuidada y esmerada, en conjunto y en detalles. Sean los primeros elogios para Aurora García Alonso, que, por deferencia al autor, no quiso quedarse fuera del reparto y se encargó de un papel que no correspondía a su categoría de primera actriz, y en el que estuvo admirable, como siempre. Muy bien, Isabel Ferri, Rafael Calvo Revilla, Luis Domínguez Luna, Fernando Carrasco, Roberto Camardiel, Enrique Brionas y José Galán.

Victor Doreste compartió con los artistas, desde el palco escénico, al final de todos los actos, los entusiastas aplausos de que la numerosa concurrencia les hizo objeto.—Bambalina.

PRORROGA DE LA TEMPORADA TEATRAL

La Compañía de Aurora García-Ionso seguirá actuando en el Galdós

Después del éxito logrado con el estreno de la comedia de Victor Doreste "Una limonada para el señor", que ha servido para poner de relieve una nueva faceta de la personalidad del conocido autor canario, la Compañía de comedias de Aurora García-Ionso, que con tanto éxito viene actuando en nuestro coliseo municipal, ha decidido prorrogar su actuación ante nuestro público. Esta nueva temporada comenzará el día de la Ascensión y estará patrocinada por nuestras principales Corporaciones en su afán de que todas las capas de nuestro público puedan disfrutar del espectáculo.

EN EL GALDÓS

Muy concurrido se vió el teatro Pérez Galdós en las tres funciones de ayer, en las que se puso en escena la interesante y aplaudida comedia "Una limonada para el señor", de nuestro paisano el distinguido escritor Víctor Doreste.

La interpretación que le da la Compañía de Aurora García Alonso sigue contribuyendo al éxito que obtiene dicha obra, que cada vez agrada más a nuestro público, por lo que volverá a ser representada "Una limonada para el señor".

TEATRO PEREZ GALDOS

En la noche del lunes 31 de Mayo, la compañía que dirige la bellísima actriz Aurora Garcjalonso, estrenará la comedia

“Una limonada para el señor“

original de VICTOR DORESTE
VEANSE PROGRAMAS DE MANO

Historia según “Falange”
Sábado, 29 de mayo de 1943, página última

"UNA LIMONADA PARA EL SEÑOR", DE VÍCTOR DORESTE

El estreno de la comedia de Víctor Doreste, "Una limonada para el señor", puesta en escena el pasado lunes por la compañía de Aurora García Alonso en nuestro teatro principal constituyó un franco éxito para su autor e intérpretes.

Víctor Doreste, con magníficas condiciones se ha asomado, una vez más, a la escena para ofrecernos una comedia amena que, con un tema poco aprovechado por nuestros escritores, pero sí por los extranjeros (lo que pudieramos llamar la voz de la sangre) ha sabido, con gran habilidad, guiar la trama con especial originalidad, lo que da a la obra un tono de novedad en sus personajes. Tiene la comedia momentos bien logrados, mas la habilidad, extraordinaria en un novel, consiste en haber sabido mantener el interés del asunto hasta la última escena.

Todo cuanto ocurre en el trans-

III. ESCENA.

Todo cuanto ocurre en el transcurso de los tres actos es amable, simpático, ingenioso y con ribetes de buen humorismo. La falta de acción, especialmente en el acto primero, es á suplida por el diálogo, que es fluido y gracioso, esmaltado de ironías y sutilezas.

Al autor de "Una limonada para el señor" se le podrá reprochar que la intervención de sus personajes es demasiado discursiva, pero este defecto está bien suplido por la pintura de dos o tres tipos que son otros tantos aciertos del autor.

Victor no ha caído en el grave defecto de crear el personaje antes que la situación o la frase: ha imprimido al personaje la situación, la frase y el chiste adecuado e ingenioso.

A éxito conseguido por nuestro

nioso.

A éxito conseguido por nuestro paisano coadyuvó extraordinariamente la notable interpretación de los actores encargados de dar vida a los personajes que el ingenio de Víctor Dorreste ha creado. Destacose, en primer lugar, la Sra. García-Iñanzo en su papel de "Miss Eva", frívola y sagaz muchachita norteamericana que vivió su papel maravillosamente, culminando sus escenas con una naturalidad atinada en todo momento. La Sra. Ferrer acertadísima, hizo gala de su nada vulgar condición de asimilación de los personajes que vive. Los señores Calvo, Luna y Carrasco, en sus respectivos papeles de "Dr. Ulloa", "profesor Wikéman" y "Dr. Robertson" hicieron una exquisita creación. Acertadísimos en todo momento dieron vida a unos personaj-

PERSONAJES
ción. Acertadísimos en todo momento, dieron vida a unos personajes de difícil interpretación, en la que pusieron toda el alma de artistas e hicieron gala de sus veteranas condiciones. La labor de ellas se vió muy bien secundada por los señores Medel y Briones en sus papeles de "Figueira da Silva" y "Fulo-sang", de manera discreta y acertada. Personajes tan opuestos y tan bien torrados vivieron en la interpretación magnífica de estos felices encarnadores con realidad sincera y siempre moviéndose en situación y sin abusar de la orientación que se puede impregnar en sus personajes, como el que interpretaba el señor Medel, de típico acudado ranchero mexicano que todo lo cifra en su musculatura y su dinero, pero con alma henchida de bondades.

La comedia agradó al numeroso público que acudió a nuestro coliseo y aplaudió a intérpretes y autor, el que tuvo que salir repetidamente al palco escénico al final de cada acto para corresponder a las pruebas de aprobación que le mostraba al auditorio. **Trasparencia** pág. 4

"Una Limonada para el Señor"

Es la comedia cumbre de Víctor Doreste que ha alcanzado un rotundo éxito de crítica y público.

No deje de verla hoy Domingo en el Teatro "Pérez Galdós" en funciones de tarde y noche.

Gran éxito de la Compañía "Aurora Garcíalonso".
Encargue con tiempo sus localidades.

Historia según "La Tarde"

Jueves, 8 abril 1943, pág. 4

Nueva obra de Víctor Doreste

Durante su estancia en nuestra isla, el destacado escritor canario, Víctor Doreste, autor de la aplaudida comedia "Ven acá, vino tintillo", representada con singular éxito en nuestra capital y en la vecina isla, ha escrito una nueva obra que llevará por título "Una limonada para el señor", cuya acción se desarrolla en Madrid, perteneciendo cada uno de sus personajes a distinta nacionalidad.

Víctor Doreste regresará a Las Palmas dentro de breves días para hacer entrega de su nueva comedia al cuadro artístico que llevó a la escena su anterior producción. Una vez estrenada en el Teatro Pérez Galdós "Una limonada para el señor", será presentada a nuestro público desde la escena del Guimerá.

Auguramos al distinguido escritor y amigo un nuevo y rotundo éxito.

Martes, 22 Junio 1943, pág. 4

DE TEATRO

MAÑANA SE ESTRENARA LA COMEDIA DE VICTOR DORESTE, "UNA LIMONADA PARA EL SEÑOR"

Desde hace algunos días se encuentra entre nosotros el conocido escritor canario Victor Doreste. La silueta de Victor Doreste nos es harto familiar, pues nos visita con una asiduidad de agente de negocios. Pero no son éstos los que traen ahora a nuestra ciudad

al autor de "Ven acá, vino tintillo". Victor Doreste es un enamorado de Tenerife. Su última obra, "Una limonada para el señor", fue escrita íntegramente en Santa Cruz, y ha querido asistir a su estreno, que se verificará mañana por la noche en el Guímerá.

Además de esta obra, cuyo estreno en la vecina isla dió margen a apasionados comentarios, Victor Doreste prepara otra de ambiente tinerfeño, cuyo título será "Mucha nieve en el semblante".

Al saludar al brillante escritor y estimado amigo, deseámosle nuevos y rotundos éxitos.

LA TARDE DE TEATRO

Estrano de "Una limonada para el señor"

El autor de "Ven acá, vino tintillo", Víctor Doreste, ofrece hoy a los asiduos concurrentes al Teatro Guimerá y al público tinerfeño en general una nueva producción suya, de la cual hemos oído hacer grandes elogios.

La nueva comedia lleva por título "Una limonada para el señor", y aunque desconocemos todo lo referente al asunto y demás características de la obra, sabemos que en Víctor Doreste hay junto a una fina y certera capacidad de observación, dotes sobresalientes de escritor dramático y un estilo peculiar limpio y ágil por el que pasan los temas populares hacia una consecución artística de primera línea. Con esto solo, ya podría garantizarse el éxito que entrevemos para la obra del distinguido escritor canario pero es que además será presentada por la compañía de Aurora Garcíalonso, que en Las Palmas logró una interpretación esmeradísima, sucediéndose las varias representaciones en un ambiente de franco triunfo.

La curiosidad despertada al saberse del estreno antedicho en esta capital ha llegado hoy a su auge, y como por otra parte existe en Tenerife un gran sector interesado en estas lides de creación dramática, podemos decir sin equivocación alguna que la función de esta noche en nuestro coliseo determinará una concurrencia grandísima, como merece el autor, la compañía actuante y el acontecimiento que se ofrece.

Miércoles, 23 junio 1943, pág. 4

El estreno de anoche y otras novedades teatrales

Los diversos espectáculos que anoche se celebraban en Santa Cruz conmemorando la fiesta de San Juan contribuyeron en gran manera a que el público asistente al estreno de "Una limonada para el señor", de Victor Doreste, fuera bastante modesta. Y hemos de decir que la obra, tal como se nos presentó en pulcritud literaria, interesante asunto, y buena distribución de escenas, mereció ciertamente, un éxito total de las localidades.

Es una producción de lo más serio y bien construido que se ha escrito por un autor regional canario, poseyendo toda la estructura de una gran comedia. El buen gusto de Victor Doreste está presente en todo instante, eludiendo con noble ademán las frases hechas y los diálogos redichos y vulgares.

El asunto, por otra parte, resulta un acierto, y, además, (eso hay que decirlo bien alto) original, verdaderamente original. No es cosa de especificar su contenido, limitándonos a decir que el tema de la consanguinidad aparece bellamente tratado y expuesto, menudeando en todo el desarrollo una delicada y elegante ironía que da fe del estilo del autor.

del estilo del autor.

La compañía de Aurora García-
lonso se esmeró en su trabajo, y
así pudimos escuchar una versión
agradable, ágil, interesante. Los
aplausos sonaron con insistencia
para autor e intérprete, saltando
dos veces Víctor Dorote al palco

escénico para recibir su com-
pensa merecida de aplausos.

• • •

Jueves, 24 junio 1943, pág. 4

Martes, 22 junio 1943, pág. 4

DE TEATRO

La compañía de Aurora Garcíalonso estrenará mañana una comedia de Víctor Doreste

La Compañía de Aurora Garcíalonso, que con tanto éxito actúa en el Teatro Guimerá, estrenó en Las Palmas una nueva comedia de nuestro paisano, el notable escritor Víctor Doreste, titulada «Una limonada para el señor», la cual obtuvo una calurosa acogida por el público y la crítica de la vecina isla y ha sido incorporada por la citada actriz a su repertorio.

Existe en esta capital indudable

interés por conocer la nueva producción de Doreste, y este interés se verá satisfecho en la noche de mañana, ya que para esa fecha ha sido fijado el estreno en el Guimerá de «Una limonada para el señor», función que ha de constituir un acontecimiento teatral en el aspecto artístico y al cual ha de prestar su cariñosa cooperación el público de Tenerife, ya que se trata de una comedia de autor isleño, cuyos méritos en el Teatro se pusieron de manifiesto a raíz del estreno de «Ven acá vino tintillo», que tanto éxito alcanzó en sus repetidas representaciones.

DE TEATRO

Esta noche estrenará la compañía de Aurora Garcíalonso la comedia "Una limonada para el señor", de Víctor Doreste

Como anunciábamos ayer, esta noche será puesta en escena por la Compañía de Aurora Garcíalonso, en el Teatro Guimerá, una nueva obra teatral del escritor canario Víctor Doreste, cuyo estreno en Las Palmas superó en éxito al de «Ven acá vino tintillo», sainete isleño del mismo autor que constituye un pleno acierto en su género.

La comedia que se estrena esta noche fué escrita, casi en su totalidad, en nuestra propia capital, durante una de las largas estancias en Tenerife de Víctor Doreste, quien es un enamorado de nuestra isla, donde cuenta con numerosos amigos, ante los cuales verificó la primera lectura de «Una limonada para el señor...» Quienes conocen la obra no regatean los elogios de su mérito y la consideran como una de las más serias aportaciones a la literatura teatral isleña. Estamos seguros de que el público numerosísimo que esta noche ha de acudir al Guimerá en su interés por conocer la nueva producción

del conocido literato, reafirmará con sus aplausos esta inmejorable impresión que, a través de opiniones particulares y de juicios críticos de la Prensa de Las Palmas, hemos recogido.

Sabemos además que el autor de «Una limonada para el señor...» tiene ya en preparación un nuevo sainete canario, cuya acción se desarrolla en esta capital y en el típico barrio de El Cabo, para cuya obra se está documentando ampliamente Víctor Doreste, que desde hace días se encuentra nuevamente entre nosotros.

No necesitamos subrayar una vez más que la función de esta noche, como todas aquellas en que se lleva por primera vez a escena la obra de un autor regional, constituirá un señalado acontecimiento artístico. Y nuestro público, siempre tan cariñoso y acogedor, con el concurso de su asistencia sabrá premiar el mérito de un escritor isleño tan destacado como Víctor Doreste, a quien auguramos por anticipado un verdadero éxito.

DE TEATRO

Estreno de "Una limonada para el señor", de Víctor Doreste

La musa del Teatro es esquiva, pero tan atrayente que ningún escritor se resiste al deseo de cortejarla. Aunque no es fácil que el pleno triunfo acompañe al primer intento, siempre vale la pena conocer el resultado de ese cortejo, en cuanto significa creación artística, más o menos lograda, pero, como tal, digna de una atenta estimación. Así, cada estreno de una comedia despierta, en todos los que de estas bellas cosas del arte se preocupan, una fina curiosidad y un expectante deseo de encontrar obra perfecta. Máximo cuando quien es el autor forma parte del medio literario del país y con sincero sentido del compañerismo y la confraternidad anhelamos el éxito.

Por esto nos ha complacido destacar el estreno que la Compañía de Aurora Garcíalonso hizo anoche, en el Teatro Guimerá, de la comedia del escritor canario Víctor Doreste, «Una limonada para el señor», en la que se plantea el interesante problema de la existencia o inexistencia de eso que vulgarmente se llama «la voz de la sangre». Y por esto también nos satisface afirmar ahora que el autor isleño ha acertado planamente en el planteamiento y desarrollo de la interesante trama que sirve de fondo a su comedia.

Acaso alguien, acostumbrado a que

Acaso alguien, acostumbrado a que lo sentimental y lo pintoresco discurren por la escena sin ninguna finalidad trascendente, sino, la simple y llana de hacer pasar el rato, arguya que del título de la obra esperaba algo más sencillamente frívolo. Pero se trata aquí de un caso expuesto a controversia científica y sometido a experimentación. Y por ello tiene necesariamente que fluctuar en esa zona un poco fría, pero siempre inquietante y sugeridora, de la investigación y el razonamiento.

En cuanto a técnica teatral, la obra está bien construida, sin escenas exce-

está

sivamente largas, o por lo menos innecesarias, y graduando bien el interés, de acto en acto, para el completo desarrollo del argumento y su lógico final. Los personajes están bien estudiados y hay acierto en la presentación de tipos contrapuestos, tanto en los tres hombres de ciencia como en los tres hijos sometidos por el doctor Ulloa al interesante experimento.

Señalemos también lo correcto de la forma literaria, en la que lo cómico es siempre ponderado y lo dramático no pasa nunca del tono que el argumento requiere.

En fin, una comedia en que Víctor Dorresté demuestra que del género satirético de «Ven acá vino tintillo» puede pasar con excelente resultado a producciones de mayor empeño.

Así lo entendió el público, que ofreció al autor cariñosas ovaciones al final de los dos últimos actos, aplausos que compartieron con él los intérpretes de la comedia.

-- Precios para Hoy --
en las dos funciones

BUTACAS con entradas	6,00
ANFITEATRO PRIMERA FILA con entrada	5,00
Anfiteatros otras filas con entrada	4,00
DELANTERA DE PARAISO con entrada	3,00
Paraisos otras filas con entrada	2,50
DELANTERA DE GENERAL con entrada	2,00
Entrada General	1,00
<hr/>	
Proscenios principales con entrada	24,00
PALCOS Y PLATEAS Principales con entrada	36,00
Proscenios de Anfiteatro con entrada	12,00
PALCOS DE ANFITEATRO con entrada	18,00
<hr/>	
ENTRADAS SUPLETORIAS (para Palcos y Plateas)	4,00

Los precios señalados son con todos los impuestos incluidos

NOTAS: Taquilla abierta desde las 10 de la mañana

Si por fuerza mayor hubiera que suspender o variar el espectáculo una vez empezado, el público no tendrá derecho a reclamación alguna.

MAÑANA:

2 GRANDES FUNCIONES

a las 7 y 30 - y - 10 y 30

Imp. Miranda



GRAN TEATRO MUNICIPAL
PEREZ GALDOS

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

Teléfono Taquilla y Contaduría, 5400

Teléfono de la Empresa 5726

COMPANIA DE COMEDIAS SELECTAS
AURORA GARCIALONSO

ESTRENO de la comedia en 3 actos, el
primero dividido en dos cuadros

Una limonada para el señor

Original de

VICTOR DORESTE

a las 7 y 30 de la tarde

y a las 10 y 30 de la noche

MAYO

31

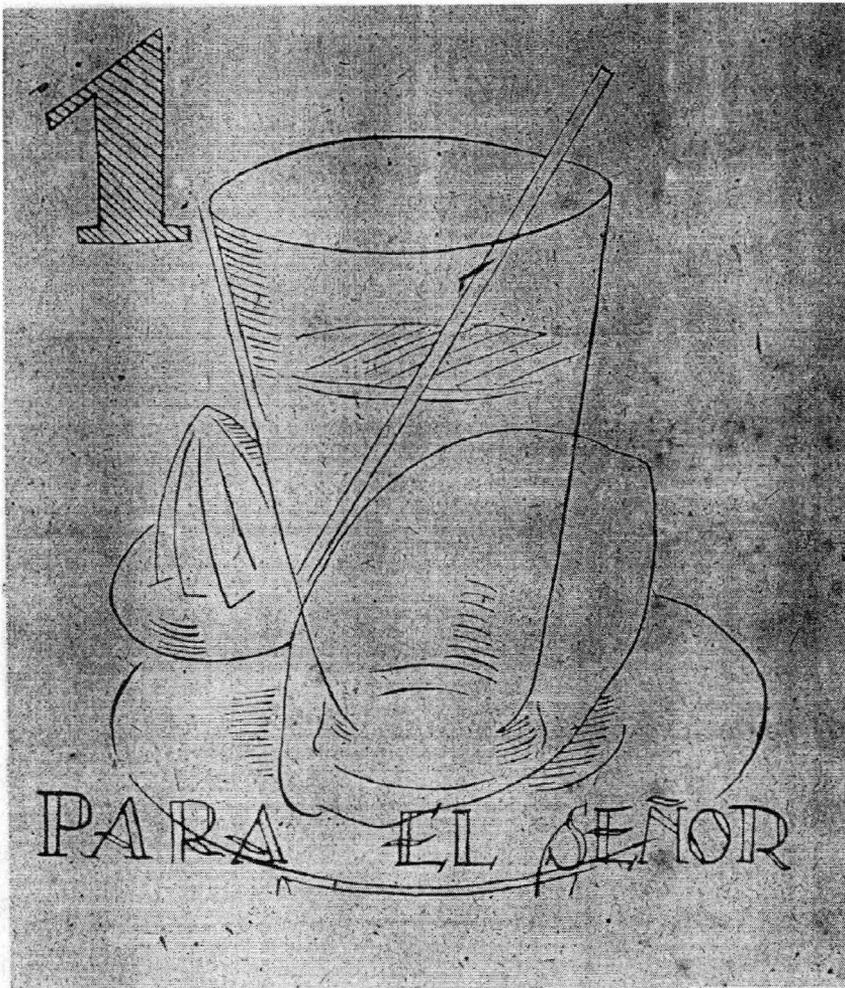
LUNES

Miss Eva A. GARCIALONSO
 Doña Carmen I. Ferri
 Dr. Ullóa R. Calvo
 Dr. Wikelman L. Luna
 Dr. Robertson F. Carrasco
 Figueira da Silva R. Medel
 Fu-lo-sang E. Briones

La acción en Madrid

NOTA IMPORTANTE

Se ruega al público la asistencia puntual, pues dado el carácter del argumento, se hace necesario para la íntegra comprensión de la obra, que no se pierdan las primeras escenas





GRAN TEATRO MUNICIPAL PEREZ GALDOS

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

Teléfono Tequilla y Contaduría 5469

Teléfono de la Empresa 5720

COMPANIA DE COMEDIAS SELECTAS
AURORA GARCIALONSO

Martes 1 de Junio de 1943

EL MAYOR ÉXITO TEATRAL DE LA TEMPORADA

Acontecimiento Extraordinario

2.ª y 3.ª REPRESENTACION

a las 7 y 30 de la tarde

y a las 10 y 30 de la noche

de la comedia en 3 actos, el último dividido
en dos cuadros

Una limonada para el señor

Original de

VICTOR DORESTE

REPARTO

Miss Eva	A. GARCIALONSO
Doña Carmen	I. Ferri
Dr. Ulloa	R. Calvo
Dr. Wikelman	L. Luna
Dr. Robertson	F. Carrasco
Figueroa de Silva	J. Galán
Fu lo sang	E. Briones

La acción en Madrid

NOTA IMPORTANTE.— Se ruega al público la asistencia puntual, pues dado el carácter del argumento, se hace necesario para la íntegra comprensión de la obra, que no se pierdan las primeras escenas.

PRECIOS PARA HOY en las dos funciones

BUTACAS con entradas	6,00
ANFITEATRO PRIMERA FILA con entrada	5,00
Anfiteatro otras filas con entrada	4,00
DELANTERA DE PARAISO con entrada	3,00
Paraisos otras filas con entrada	2,50
DELANTERA DE GENERAL con entrada	2,00
Entrada General	1,00
Proscenios principales con entrada	24,00
PALCOS Y PLATEAS Principales con entrada	36,00
Proscenios de Anfiteatro con entrada	12,00
PALCOS DE ANFITEATRO con entrada	18,00
ENTRADAS SUPLETORIAS (para Palcos y Plateas)	4,00

Los precios señalados son con todos los impuestos incluidos

NOTAS: Tequilla abierta desde las 10 de la mañana.
Si por fuerza mayor hubiera que suspender o variar el espectáculo una vez empezado, el público no tendrá derecho a reclamación alguna.

MAÑANA:

2 GRANDES FUNCIONES

a las 7 y 30 - y - 10 y 30

Imp. Miranda



GRAN TEATRO MUNICIPAL PEREZ GALDOS

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Teléfono Tequilla y Cantauria 5460

COMPANIA DE COMEDIAS SELECTAS

AURORA GARCIALONSO

Domingo 6 de Junio de 1943

EL MAYOR EXITO TEATRAL DE LA TEMPORADA

Acontecimiento Extraordinario

4.ª, 5.ª y 6.ª REPRESENTACION

a las 4 y 30 - a las 7 y 30 - y - 10 y 30

de la comedia en 3 actos, el último dividido
en dos cuadros

Una limenada para el señor

EXITO SIN PRECEDENTE

Original de

VICTOR DORESTE

PERSONAJES

Miña Eva Smith	AURORA GARCIALONSO
Doña Carmen	Isabel Ferri
Manolita (Doncella)	Manolita Navarro
Profesor Ulloa	Refaxil Calvo Revilla
Profesor Wikelman	Luis Dominguez Luna
Profesor Robertson	Fernando Carrasco
Eduardo Mendoza	Roberto Camardiel
Fu-Lo-Sang	Enrique Briones
Figuera de Silva	José Galán

La acción en Madrid

NOTA IMPORTANTE.—Se ruega al público la asistencia puntual, pues dado el carácter del argumento, se hace necesario para la íntegra comprensión de la obra, que no se pierdan las primeras escenas.

PRECIOS PARA ESTAS FUNCIONES

LOCALIDADES	a las 4 y 30	a las 7 y 30	a las 10 y 30
BUTACAS con entrada	4.00	6.00	5.00
ANFITEATRO PRIMERA FILA con entrada	2.50	3.00	2.50
Anfiteatro otras filas con entrada	2.00	2.00	2.00
DELANTERA DE PARAISO con entrada	1.50	1.50	1.50
Paraiso otras filas con entrada	1.00	1.00	1.00
DELANTERA DE GENERAL con entrada	0.75	0.75	0.75
Entrada General	0.50	0.50	0.50
Preferencias principales con entrada	16.00	24.00	20.00
PALCOS Y PLATEAS Principales con entrada	24.00	36.00	30.00
Preferencias de Anfiteatro con entrada	8.00	8.00	8.00
PALCOS DE ANFITEATRO con entrada	12.00	12.00	12.00
ENTRADAS SUPLETORIAS (para Palcos y Plateas)	2.00	4.00	2.50

NOTAS.—Las de costumbre.

MAÑANA

2 GRANDES FUNCIONES 2

Imp. Miranda



GRAN TEATRO MUNICIPAL PEREZ GALDOS

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

Teléfono Taquilla y Contaduría, 5400

Teléfono de la Empresa 5720

COMPANIA DE COMEDIAS SELECTAS
AURORA GARCIALONSO

ESTRENO de la comedia en 3 actos, el
primero dividido en dos cuadros

Una limonada para el señor

Original de

VICTOR DORESTE

a las 7 y 30 de la tarde

y a las 10 y 30 de la noche

MAYO

31

LUNES

Comentario a la obra de Víctor Doreste *“Una limonada para el señor ”*

Por Antonio Cabrera Perera
Profesor Emérito de la ULPGC

Doña María Dolores de la Fe en su libro **Víctor Doreste** (Colección Guagua, 1982) dice que *llegó un momento de su vida, en la década de los 40, en que a Víctor Doreste empezó a encandilarle el teatro.*

Exactamente, en la década de los 40, presentó dos obras casi consecutivas que tuvieron un éxito totalmente distinto. **Ven acá, vino tintillo** se presentó por primera vez el 8 de febrero de 1941 en el Teatro Pérez Galdós, obra que llegó convertirse en centenaria por el número de representaciones, cosa insólita en nuestra Ciudad.

A los tres años aproximadamente (el 31 de mayo de 1943) volvió a poner en escena una nueva obra titulada *Una limonada para el señor.*

La obra, según se desprende de las críticas del momento, produjo en el público cierta sorpresa y desconcierto, al ver que el autor, que con tanto gracejo había reflejado el costumbrismo canario, desaparece en *Una limonada para el señor*, para dar paso a un tema posiblemente de mayor envergadura y pretender desarrollarlo con nuevos procedimientos escénicos.

Decían que la nueva producción de Víctor Doreste era de asunto moderno y tendría para los espectadores mayor interés.

El autor opinaba que la comedia trataba de un tema que no había sido planteado en el teatro nacional ni extranjero.

El profesor Ulloa pretende poner en escena el experimento de ver en acción la voz de la sangre.

Cervantes había escrito una de sus *Novelas ejemplares*, ***La fuerza de la sangre***, novela breve, pero una de las más perfectas e interesantes.

Un niño es atropellado y es recogido por su abuelo que no lo conocía y al final la felicidad llena ese hogar que se había roto.

Y Cervantes concluye:

Muchos y felices años gozaron de sí mismos, de sus hijos y de sus nietos, permitido todo por el Cielo y por la fuerza de la sangre que vio derramada por el suelo el valeroso e ilustre abuelo de Luisico.

El profesor Ulloa quiere hacer el experimento de ver en acción la voz de la sangre.

El Doctor Wikelman añade que en el experimento habrá ocasión de observar que existe la intuición del vínculo consanguíneo.

Se trata de una obra de intriga, moderna, pero cuyo argumento posiblemente no va a llegar a todos los públicos, afirma uno de los críticos del momento.

La obra se representó, y aunque fue muy aplaudida por el público asistente, uno de los periódicos de Santa Cruz se lamentaba de que

tal como se presentó en pulcritud literaria, interesante asunto y buena distribución de escenas, mereció ciertamente un lleno total de las localidades.

Yo pienso que después del gran éxito de su sainete canario ***Ven acá, vino tintillo***, muchos de los espectadores pensarían encontrar otra obra de tema canario, con el vocabulario popular de los canarios, y, al no ser así, muchos se sentirían un tanto defraudados. Aunque sigo pensando con los críticos del momento que la obra tiene su garra, que tiene un tema muy original y que tampoco falta, a lo largo de ella, el humorismo y la elegante ironía del autor.

Es muy posible que la comedia fuera escrita en Santa Cruz de Tenerife.

Una crítica aparecida en un periódico tinerfeño el 13 de junio de 1943 lo confirma:

La comedia que se estrena esta noche fue escrita, casi en su totalidad, en nuestra propia capital, durante una de las largas estancias en Tenerife de Víctor Doreste que es un enamorado de nuestra isla.

PERSONAJES

Víctor Doreste saca en esta comedia muy pocos personajes.

Él los divide en tres grupos:

Los tres profesores

Profesor Ulloa, 55 años, Madrid.

Profesor Robertson, 40 años, Chicago.

Profesor Wikelman, 60 años, Munich.

Los tres hijos del profesor Ulloa

Don Enrique Mendoza, 25 años, Méjico.

Miss Eva, 23 años, New York.

Fu-Lo-Sang, 21 años, China..

Otros personajes

Doña Carmen, 50 años, ama de llaves.

Manuel, el sirviente.

Desconocido.

El profesor Ulloa cita en su residencia de Madrid a dos eminentes profesores, el Dr. Wikelman y el Dr. Robertson. Ulloa y Wikelman sostienen una teoría sobre la voz de la sangre que es contraria a la del Dr. Robertson, y el Dr. Ulloa propone cambiar impresiones sobre ese tema apasionante.

Robertson dice que

el profesor Wikelman sustenta una teoría de que una madre conoce a sus hijos a través de un instinto consanguíneo, observa el encuentro de los dos hermanos y se queda en Babia, donde estuvo la mayor parte de su vida.

Ulloa cuenta que en un viaje perdió a su esposa y que con sus hijos supervivientes quiso hacer una experiencia jamás igualada. Él solo no podía educar a sus hijos y, a su vez, quería hacer el experimento de la voz de la sangre. Y así los entregó a un matrimonio chino que regresaba a su país y a un matrimonio mejicano que viajaba con frecuencia a España, y la niña se la dejó a un diplomático americano que regresaba a Nueva York. Ellos jamás deberían saber quién era su padre. Pasados muchos años Ulloa ha hecho creer a sus hijos que un millonario viudo y extravagante había señalado tres puntos en el globo terráqueo y los seleccionó a ellos, como agraciados, para pasar una temporada de placer en su casa.

Wikelman cree que, sin reconocer a su padre, estos hijos sentirán por él una enorme simpatía que se convertirá paulatinamente en amor.

Robertson expone su tesis y manifiesta que no existe la tan manoseada voz de la sangre.

Teóricamente no se ha demostrado nada, y todos los casos experimentales a que he sido invitado han resultado fallidos.

Los hijos llegan y, con los tres profesores como testigos, comienza la experiencia.

Al cabo de unos días Ulloa se siente desesperado:

Estoy decepcionado. Creo que he perdido los mejores años de mi vida en una obra estéril... Vamos a concretar: Roberto o Fu-Lo-Sang siente por mí y por sus hermanos una perfecta indiferencia rayana en el desprecio. Eva es el colmo de la frivolidad. Yo... la hubiera encerrado en un reformatorio.

Sin embargo Robertson ha descubierto algo y así se lo insinúa al Dr. Ulloa, pero es curioso lo que averigua. En la mitad del Acto II hay un interesante diálogo lleno de fina ironía en donde el profesor Robertson le descubre al profesor Wikelman la identidad de Doña Carmen, de Miss Eva y de Fu-Lo-Sang. Arma un tremendo galimatías con los parentescos, para concluir que además ellos (los profesores) son primos. Unos primos. Ulloa reconoce en el tercer acto que Doña Carmen era Doña María, su segunda esposa, pero no quería reconocerlo ante nadie.

Al final del segundo acto ya Eva se ha dado cuenta de que Enrique es su hermano y Ulloa, después de una ligera discusión sale tras ella diciéndole:

Eva, Eva, hija, mi hija...

Eva se había enterado de que Ulloa era su padre por su propio tutor, según delata Robertson en el tercer acto. El último en descubrir su filiación con Ulloa es Fu-Lo-Sang (Roberto, el más pequeño).

Después de haberse despedido de su padre, Fu-Lo-Sang vuelve a casa del profesor Ulloa y Eva, al verle, exclama:

Es Fu-Lo-Sang.

Pero el profesor Robertson corrige: *No, es Roberto.*

Eva le dice a Fu-Lo-Sang:

Me estoy fijando en que tenemos el mismo corte de nariz.

Y mientras susurra con él algunas palabras en voz baja, el Desconocido habla del poder del instinto en las afinidades de parentesco, basado en las teorías del profesor Wikelman y, aunque le replican que también se dedica a lo mismo el profesor Ulloa, contesta con todo humor que tiene una vasta cultura, pero que nunca calienta asiento:

Estudia un tema, lo plantea bien, pero no lo concluye del todo y se va a estudiar otro tema distinto, luego vuelve al tema anterior...

TÍTULO DE LA OBRA

Ya hemos repetido muchas veces que, a lo largo del teatro español, una frase acertada o una expresión bien traída suelen dar el título a la obra.

El título de la comedia de Víctor Doreste es *Una limonada para el señor.*

Los profesores Ulloa y Wikelman son abstemios.

Wikelman afirma que jamás ha bebido ni fumado y Robertson declara que él tampoco ni fuma ni bebe y, uniéndose al rito de la tolerancia, pide también una limonada. Al final vemos que Wikelman ha perdido sus buenas costumbres. Ulloa pide una botella de manzanilla para todos, pero concluye, añadiendo una frase con la que concluye la obra y que dará título a la comedia, y...

Una limonada para el señor.

LENGUA

Esta obra está desarrollada en Madrid. Los protagonistas principales son el Dr. Ulloa (madrileño), el Dr. Wikelman (alemán) y el Dr. Robertson (norteamericano). Incluso los tres hijos que tienen nacionalidad mejicana, norteamericana y china, hablan un perfecto castellano. No hay por tanto necesidad de añadir ninguna lista de palabras del argot canario, como hubo de hacerse en *Ven acá, vino tintillo*.

Estoy seguro que el público que asistió a la obra echó en falta todo el gracejo, la ironía y el típico humor del hombre canario.

En esta obra se trata de un tema muy serio y el vocabulario usado es a veces técnico y un tanto difícil de captar muchas veces sólo al oírlo por primera vez. Por lo que la crítica señala que

necesariamente tiene que fluctuar en esa zona un poco fría, pero siempre inquietante y sugeridora de la investigación y el razonamiento,

La forma literaria es correcta y lo cómico no es nunca exagerado, sino bastante ponderado. Lo dramático tampoco rompe los límites que el argumento de la obra requiere.

ESPACIO

Una limonada para el señor es una comedia en tres actos. El acto primero está a su vez dividido en dos cuadros. La acción ocurre en Madrid. Los dos cuadros del primer acto tienen la misma decoración:

Un salón recibidor con amplia biblioteca. Dos mesitas, cómodas, sillones y en un rincón un esqueleto humano (o un cráneo encima de la mesa). En una de las mesitas, una esfera terráquea.

Los actos segundo y tercero tienen la misma decoración.

Así que, si tenemos en cuenta la regla clásica de las tres unidades, podemos afirmar que en la obra hay unidad de lugar, y también unidad de acción, pero no hay unidad de tiempo, ya que no ocurren los hechos en el transcurso de un solo día.

TIEMPO

En el acto primero Robertson afirma:

Les advierto que escribo siempre con lápiz y alguna vez en una "Smith Premier".

Las máquinas de escribir "Smith Premier" salieron al mercado en Estados Unidos en 1889 y estuvieron en uso hasta 1995 hasta que la Smith Corona terminó con la Premier por lo que yo concluyo que necesariamente se trata de algo escrito pensando en el siglo XX.

La acción de la obra no se desarrolla en un día. El profesor Ulloa dice que ha invitado a sus hijos (los tres agraciados) a pasar una temporada de placer en su casa.

En ese tiempo han pasado distintos episodios, como el enamoramiento de Eva y el profesor Robertson, que se supone no sea cosa de pocas horas. Lo mismo ocurre con los cambios paulatinos que se van produciendo entre los hermanos.

Y ese tiempo no representado ha debido durar una buena temporada, sin que podamos precisar por falta de mayores datos cuánto tiempo duraría la experiencia.

Pero no se puede fijar la fecha de los hechos.

Es muy probable que fuera durante la Segunda República Española, entre 1931 y 1936, pues el Dr. Wikelman es alemán y el Dr. Robertson es norteamericano y la fecha más verosímil para la visita de

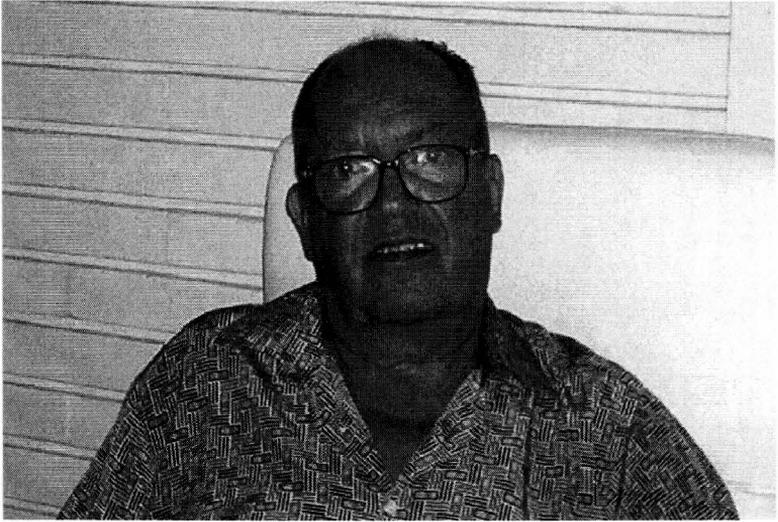
esos doctores a Madrid sería antes de julio de 1936, en que los americanos no eran bien recibidos en España.

CONCLUSIÓN

Creo que la obra tuvo un éxito relativo, pero no llegó a tener muchas representaciones. Es una obra muy importante en torno a un tema de honda complejidad científica y sentimental. Le falta acción, pero los diálogos son fluidos y graciosos, esmaltados de ironía y humor.

Es muy plausible que Víctor Doreste se viera tentado de sacar al teatro temas más serios, pero personalmente creo que, dada su idiosincrasia, no debió haber abandonado tan pronto el sainete canario, que tantos triunfos le propinaron en *Ven acá, vino tintillo*, y es muy probable que él mismo recapacitara y volvió pronto a los temas costumbristas de su tierra para poder volver a reencontrarse con el éxito multitudinario. No obstante me parece muy bien que esta obra se saque de nuevo a la luz. Estoy seguro que la obra será mejor recibida en estos momentos que cuando se presentó por vez primera en 1943.

Antonio Cabrera Perera
Profesor Emérito de la Universidad de
Las Palmas de Gran Canaria



ANTONIO CABRERA PERERA. Licenciado en Filología Clásica (Universidad de Madrid) y Doctor en Filología Románica (Universidad de La Laguna). Catedrático de Literatura Española de Escuelas Universitarias y Funcionario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos.

Inició sus estudios en el Seminario de Canarias, pasando luego al Instituto de Enseñanza Media de Las Palmas y, al terminar el Bachillerato, a la Universidad Central de Madrid, donde se licenció en Filología Clásica. Más tarde se doctoró en la Universidad de La Laguna con el tema de *Ángel Guerra, narrador canario y crítico del Modernismo*.

Empezó su vida académica impartiendo clases en el Instituto de Las Palmas e inmediatamente hace oposiciones al Cuerpo Facultativo de Archiveros,

Bibliotecarios y Arqueólogos, siendo destinado a la Biblioteca de la Universidad de Murcia.

Realiza nuevas oposiciones a Cátedra de Escuelas Normales y una vez obtenida plaza, es destinado a la Escuela Normal de Las Palmas.

Durante muchos años compatibilizó las dos plazas de Biblioteca y Catedrático, hasta que por ley de incompatibilidades tuvo que pedir la excedencia en la Normal.

Al crearse la Universidad de Las Palmas de GC, se reincorpora a su Cátedra y pide la excedencia de la biblioteca.

Fue adscrito a la Facultad de Filología de la Universidad de Las Palmas y es nombrado Secretario de la misma. Jubilado el año 2001, es designado Profesor Emérito de la Universidad.

Fue durante quince años Director de la Escuela Normal de Las Palmas, y, durante treinta años, Director de la Biblioteca Pública del Estado y del Centro Provincial Coordinador de Bibliotecas.

Asimismo fue Profesor Adjunto del Colegio Universitario de Las Palmas

Fue Comisario Provincial de Extensión Cultural y primer Delegado del Ministerio de Cultura de Las Palmas, desde 1976 a 1981.

Es Caballero de la Orden del Alfonso X el Sabio y de la Orden del Mérito Militar con distintivo blanco.

Durante su etapa de Director del Centro Provincial Coordinador de Bibliotecas, creó y organizó más de 30 bibliotecas públicas en la mayoría de los municipios de la Provincia.

Trabajó entre los años 1990-1999 en la recopilación del Patrimonio Bibliográfico de Canarias de los siglos XVI al XVIII.

Colaboró durante muchos años en la Revista hablada *Palabras* y desde 1976 viene colaborando en Radio Las Palmas de la Cadena con un programa semanal titulado *Con un libro en las manos*. Fruto de esos programas es el próximo libro que ya está en la imprenta y que se titulará *Crónicas desde las ondas: con un libro en las manos*.

También durante una temporada llevó el Programa *Mediodía* de TVE en Canarias, una serie destinada al fomento de la lectura bajo el título *Para leer*.

Tiene publicados una decena de libros de los que desea destacar:

Las bibliotecas de Las Palmas.

Ángel Guerra, narrador canario.

Las Islas Canarias en el Mundo Clásico.

Tratamiento del libro en la biblioteca.

Con motivo del 500 aniversario de la Fundación de la Ciudad prologó y publicó una edición de *Ninfas y Pastores de Henares*, una novela pastoril del siglo XVI realizada por el escritor canario Bernardo González de Bobadilla.

Su edición crítica de *La lapa* de **Ángel Guerra**, publicada por Cátedra, ha superado ya la 8ª edición.

Ha impartido gran número de conferencias; ha participado en múltiples Congresos Nacionales e Internacionales y fue el organizador del Tercer Congreso Internacional de Bibliotecas que tuvo su sede en Las Palmas en mayo de 1965.

Tiene publicados múltiples artículos de su especialidad en distintas revistas nacionales e insulares e igualmente ha colaborado con distintos temas culturales en periódicos locales y peninsulares.

El *Marquis Who's Who* de Estados Unidos ha incluido su nombre y su curriculum en la edición de *Who's Who in the World 1995-96*.

En 2004 le fue concedida, a comienzos de curso, una placa de plata en reconocimiento por sus años de servicio en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

Igualmente, con motivo del 125º aniversario de su creación le fue otorgada, ese mismo año, la insignia de oro de la Facultad de Formación del Profesorado por sus catorce años consecutivos como director de la Escuela Normal de Las Palmas.

Este libro se terminó de imprimir en abril de 2009
en los talleres de Gráficas Atlanta.



GRAN TEATRO MUNICIPAL PEREZ GALDOS

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

Teléfono Taquilla y Contaduría, 5469

Teléfono de la Empresa 5726

COMPANIA DE COMEDIAS SELECTAS
AURORA GARCIALONSO

ESTRENO de la comedia en 3 actos, el
primero dividido en dos cuadros

Una limonada para el señor

Original de

VICTOR DORESTE

a las 7 y 30 de la tarde

y a las 10 y 30 de la noche

MAYO

31

LUNES

1943



9

788461 162666